MUNICIPAL
MADRID

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
VULGARIZACIONES CIENTIFICAS

DIRECTOR - PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE DICIEMBRE DE 1923
AÑO IV. Número 69

Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA NACIONAL

ASTRA ASTRA

REGLAMENTARIA EN EL EJÉRCITO ESPAÑOL

FABRICANTES: ESPERANZA Y UNCETA. GUERNICA (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO
DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme que se desee para cuartos de banderas y estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*, 33 calcomanías para aplicarse en papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Hueca
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.ª Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata, platino, dentaduras, alhajas y papeletas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Plateria)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono,

Venta de toda clase de máquinas de escribir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

IMPRENTA
DE
ARMAS Y LETRAS

Se hacen toda clase de libros, folletos, impresos y propagandas
Tutor, 6.—MADRID.—Teléfono, 26-84 J

SASTRERÍA MILITAR Y PAISANO

ALVARO
Mayor, 20 pral. - MADRID

RESERVADO
para la
Compañía Transatlántica

Ayuntamiento de Madrid

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urinarios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.-MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERIA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26.-Teléfono M 4.205.-MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. ✪ ✪ Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID

Talleres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono L.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

Ayuntamiento de Madrid

Reservado para la Pianola "AEOLIAN"

Ayuntamiento de Madrid

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Unico libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

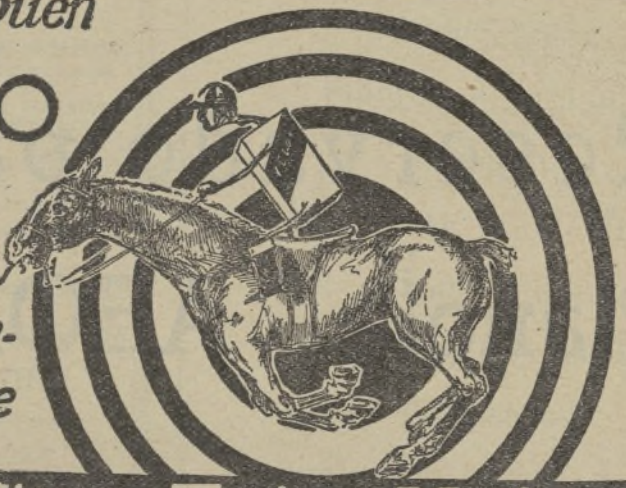
PARA hombres.—Ayer ventru! enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarla Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

LEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Baas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jinete
hace un buen
Caballo
Si deseais que vuestras cuadras ganen siempre emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

¡¡TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN!!

SI QUIERE V. CONPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8 MADRID Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

Ayuntamiento de Madrid

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Por correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS
Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA
B. LÓPEZ. Atocha, 49.
CASA MUY BIEN SURTIDA
PRECIOS ECONÓMICOS
PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

BEBED
AGUA FARGAS

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)
RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID
Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército — SE PAGAN —
Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda, :: guantes, medias, etc., etc. ::

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS
Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.
DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)
SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte.—Pino de tea.—Pino de Balsain.—Pino del país.—Maderas finas

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3ª Sección de la Escuela Central de Tiro

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicicletas y Máquinas de escribir
CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN
TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

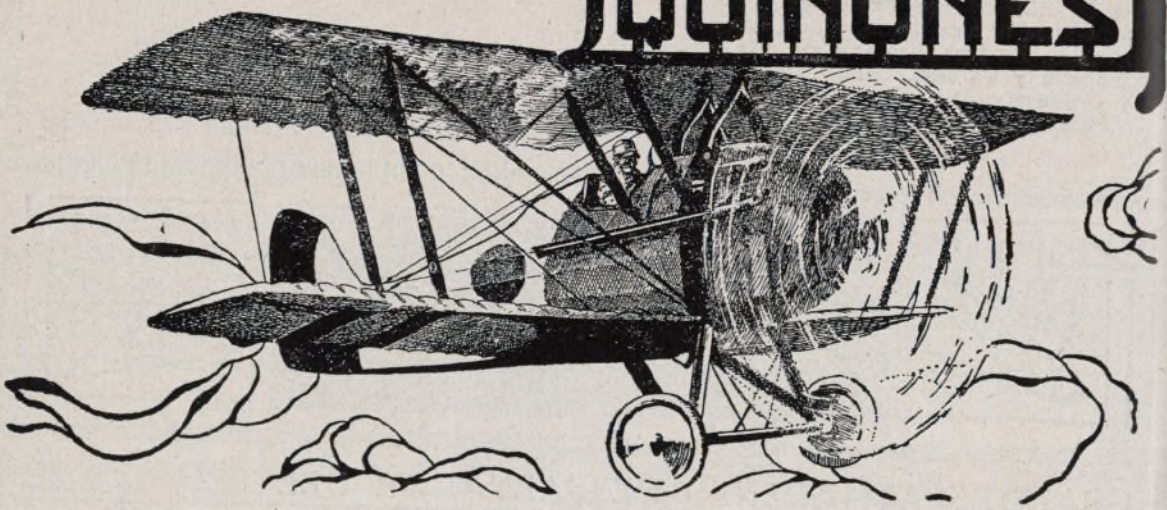
Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4,038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.

CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUIÑONES



ACCESORIOS

PARA AUTOMÓVILES, GLOBOS Y AEROPLANOS

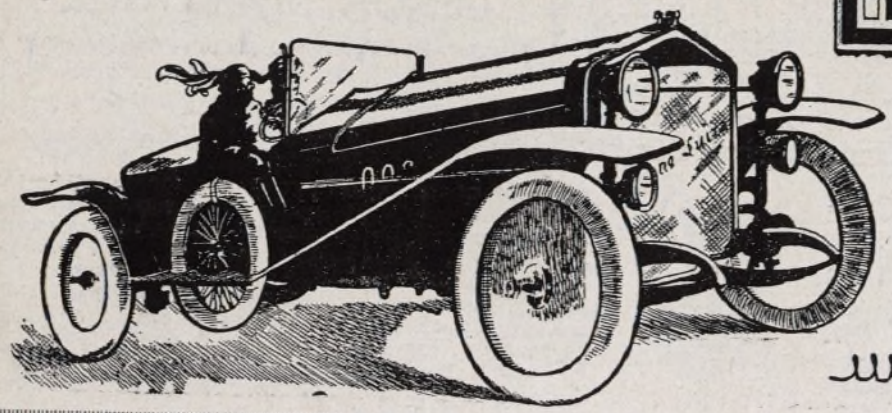
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.—Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Ubalos

Ayuntamiento de Madrid

ENTRE JUAN Y PEDRO

—Estarás mú contento con eso de marcharte ¿verdad Juanico?

—Contento, si que l'estoy, pero, no creas tú que soy yo d'esos exageraos..,

—Haces bien maño: a saber si algún día nos acordaremos con gusto de lo que aquí pasamos.

—Estaté siguro: yo recuerdo que mi aguelo, por la parte de mi padre, que de joven fué mucho por los barcos de la marina real, mus contaba cosas malas que le pasaron y se veía que le gustaba mucho contalo y tóos lo mirábamos, asín como si juera mucho más alto... debe ser mu soso, eso de llegar a aguelo y no tener na que contar a los nietos...

Eso íce el cura de mi pueblo: que el hombre que de joven no pasa apuros, de lo que sea, aluego, cuando es mayor, no sirve pa ná.

—Igo yo, por lo que he oío a muchos viejos, que las cosas malas que se pasan, cuando se puéen contar, ya no paecen tan malas...

—Es que como semos así... arrepara, pongo por sucedío, que un día no tiés tabaco, ni aonde compaalo y por la rabia que te dá, pos le echas la culpa a tóo el que te encuentras en aquel momento... dimpués, cuando han pasao unas semanas, si t'acuerdas d'aquello, vas y te íces... ¡si hubiá comprao más la última vez, hubiá tenido aquel día!

—Y que lo ígas, maño: por eso debe ser que ícen los viejos antes d'hacer una cosa que es gueno cantaselo a la almohada... agora caigo yo en por qué ícen eso.

—¿Se sabe ya cuando sus vais?

—Ayer me dijo el Capitán que pá primeros de mes estaremos en casa.

—La verdad es, que los generales esos del Decretorio van hiciendo tóo lo que dijeron.

—Y bastante más: no hay más que leer los periódicos: cá día, hacen dos u tres cosas y de las que meten bulla: no es como endenantes; que si los unos, que si los otros, qu'habría que ver y...

—¿Te paece poco lo qu'hemos visto ya?

—¡Tengo yo unas ganas de llegar al pueblo! en cuanto que dé un abrazo a los viejos, me voy a ir con mis hermanicos a la cárcel...

—¿Tamién a tú te tocará?

No seas mal pensao... iré a icile al secretario y al alcalde si les paece bien la cárcel y a preguntarles si aquel sobrino de los milesmetros, que m'hizo venir al servicio, ha crecío ya, por que, si nó...

—Conque se lo ígas al gobernador, pos ya lo veo aquí, arrempujando por esos montucos...

—Yo lo había de pillar, pa enseñalo, que ya sudaría...

—Eso no está bien ¿que culpa tié él de las granujás de su tío?

—¿Que no tié culpa? ¿es que si él hubiá tenío eso que icimos verguenza, no hubía dicho que quería venir, manque fuera sin meslitros?

—Eso tamien es verdad: que pa saber aonde están las cosas malas, el que las vea lo tié que icir... si se calla...

—Como que yo que el decretorio, pondría siempre dos multas, una al qu'hace el daño y otra entre tóos los que lo ven u lo saben y se lo guardan... ya verás, si no, como a la postre, no pueen hacer ná que dure.

—Ya harán, ya ¿no ves que las gentes estaban mu mal acostumbrás, en cuanto se enteren de lo qu'hay qu'hacer... oye maño ¿m'escribirás iciendo lo que te encnentres por el pueblo?

—¡Claro! y tú me dirás lo que pase por aquí... a ver si armáis alguna zapatiesta y tenemos que golver.

—Si la hubiera, vendrían esos qu'han ponío ahí cerca... ¿no ves que lo que buscan es que no se esté en filas más que dos años? lo que pasa es que las cosas, cuando son mú complicás, no se pueen hacer de empentón.

—A más, creo yo con lo quietecico que está too esto, quié icir que andan hiciendo algo por bajo cuerda, pa que s'arregle tóo por las guenas...

—No te diría yo que no: pero esos gachós de Benivurrieles, son entoavía más tozudos que nosotros.

Ayuntamiento de Madrid

—Mejor: eso es que son hombres y con hombres se pué hacer tóo lo que se quiera.

—¿Crees tú?

—Como la luz: mientras no quieran qu'entremos en su casa, tóo será ponernos maderas y barrizales, pero, si los traes a la razón y te ícen que pués pasar, como en casa...

—Si, pero si no lo ícen.,.

—Ya entraremos cuando nos convenga: de tóas maneras, es más mejor lo que sea con ellos, que no con estos que paece te dejan pasar y cuando estás dentro... ¡por haber entrao, toma!... mía lo qu'hacen con los del Tizi ese de la taza: no los dejan vivir, siempre sin dar la cara...

—Estos de ahí enfrente, no son así, no: mía que les han destrozao veces la casa dende los pajarracos esos de la aviación, pues náa, se la guelven a hacer...

—Ya se cansarán.

—¡Qué se yo! me paece que con esos, habrá que tener siempre en una mano el odio de pan y en la otra l'estaca.

—Pos no decías que son como nosotros de tozudos?

¿No lo estás viendo?

Pero es que nosotros haríamos eso...?

—Nosotros, no semos salvajes y un tozudo que lo sea y otro que no lo sea, pos, no hacen las cosas igual... ¿sabes?

—No: si esprincipias con diretes y dimes, no te cojo ni mota.

—Pos están aviaos en el pueblo con tú; o ¿es qu'allí no hay denguno qu'hable como yo?

—Si; si que hay algunos que lo enrevesan tóo, pero se les comprende, como a tú ¿u crees que no me entero de tóo lo que íces?

—Entonces ¿pa que vienes con palinodias?

Pa oirte: ¿no ves que tiés mucha gracia cuando abres la espita de la incomodancia?

—A ver si por último día de estar juntos, tenemos que reñir...

—Eso no ¡rediez! los amigos que pasan juntas las morás, no regañan por cualsiquier cosa... ¿crees que cuando mi acuerde de esta tierra, no aparecerás tu entremedias del ricuerdo?

—Gracias maño; lo mesmo digo: cuando les cuente a mis nietos lo qu'hicimos por acá, les hablaré d'un tío mú largo...

—Gueno: asín, está bien, pero no vayas a darle la vuelta y a icir un largo mu tío...

—No esas gueltas, no las doy más que pa algunos.,. oye fíjate en aquel vapor que va p'España... ¿no lleva la bandera como cuando s'ha muerto alguno...?

—Si... pué que sea el que lleva el cuerpo d'aquel teniente coronel de caballería que murió el pobre en Monte Arruit... ¿como le icían...?

—Ya ni acuerdo, no ves que era hermano del general que manda hoy en el gobierno.

—Es verdad; Primo de Rivera y ¿aonde lo llevarán?

—A Madrid: l'han dao esa cruz de San Fernando que sólo se da a unos poquicos y el rey ha querío ponésela sobre la caja y van acompañándole los que quedaron de aquellos.,. ¡pobres!... mía que se saciaron con ellos...

—Ya, ya: y ese pobre señor ¡que muerte le dió Dios! más mejor que hubiá queao con los demás... ¡mala suerte que tié uno...! ¿te paece que nos quitemos el gorro?

—Si... y que le igamos a la Pilarica... ¡ampáralo madre, que murió por ser gueno!

—¡Cuantos van queando aquí! ¿valdrá la pena, crees tú?

—¡Qué se yo! la verdad es...

—¿Qué?

—Que cuando pienso en los que caen, me paece mú poco ir hasta Anual y cobranos, como ícen que paga Dios, a ciento por uno ¡reconcho!

—¿Con quien te vas a enfadar...? ¡si naide te íce que no!

—Es que, a lo mejor... que no ¡valla! que no ni avengo yo con qne estemos tanto tiempo paraos y que se crean los de los burrieles que les tenemos miedo o que no queremos provocalos como icía aquel de la barba que tan escondío está...

—¿Escondío? dándose guenos paseos por el París de Francia está y ¿sabes lo que íce a tóos los que hablan con él?

—¿Se puee oir, sin que le den a uno ganas de provocar?

—Casi, casi; íce que no viene a España, porque no es pa su manera de ser, lo que semos los españoles y que si viniera...

—La que s'armaba ¡tie razón! ríete tú del rosario de la aurora aquel de las manguzás... ¡claro que pa lo que semos no sirve él...! ya lo vimos: si nos llamaran a tóos lo que a él ¡estábamos aviaos...!

Por la transcripción,

Fernando de ALTOLAGUIRRE.

Ayuntamiento de Madrid

CUATRO PREGUNTAS TONTAS

POR OSCAR

1.—¿Qué tal anda V.?
—Pues... ya lo puede ver.

2.—*El sargento de puertas.*—¿No tienes ojos para ver cómo llevas la espalda? ¡Fuera paseo y a la compañía, so Adán!...

3.—¿Qué le pasa a V?...

4.—¡Metros! ¡Metros, a diez céntimos!...
.....
—¿Tiene V. metros cúbicos?

Ayuntamiento de Madrid

DEL TIEMPO VIEJO

EL PRISIONERO

Romance, por J. Ramirez Uría.

Aún era señor el moro
de la Ciudad del Genil,
bello y último tesoro
que después lloró Boaddil;
aún la guzla el eco hacía
de alguna zambra moruna
y en las torres se veía,
triunfante, la media luna,
cuando una tarde llevaron
ante el monarca a un guerrero
contra el que cinco lucharon
haciéndolo prisionero.
Era el doncel un valiente
apuesto como adalid,
un bizarro descendiente
de los laureles del Cid.
Su rostro perfecto y bello,
el de un paje parecía;
y lo adornaba un cabello
que en rizos de oro caía.
A sus ojos se asomaba
su nobleza y altivez;
y su mano delataba
al hombre de rango y prez.

Se llegó ante el rey. Un coro
hicieron en torno dél.
y de este modo el rey moro
comenzó a hablar al doncel:
—Aunque la lid fué empezada
de largos siglos acá,
el rey moro de Granada
humano esta vez será.
Que no es bien que a un caballero
que ha luchado de tal suerte
se le encierre prisionero
o se le condene a muerte.
Podrás, por tanto, tener
tu libertad anterior,
y mis siervos te han de hacer
honores como a señor.—
Y mientras que tal decía
miraba la galanura
del doncel, y le placía
su talante y apostura.
—¿Es verdad que con mi gente
luchaste hasta puesto el sol?
Eres—le dijo—un valiente.
—Soy—contestó—un español.
—¿No te arredraba el batirte
contra cinco?—Era un deber.
—¿Nunca pensaste en rendirte?
—Pensé en morir o en vencer.
—¿Tú solo qnedabas vivo?
—Me bastaba con mi mano.
—Eres—dijo—un tanto altivo.
—Soy—contestó—castellano.

De esta manera, ante el coro
que hicieron en torno dél,
se expresó con el rey moro
el prisionero doncel.

Aquél le mostró la Alhambra
luego que la noche dió
mágica paz a los campos,
al alma ensueños de amor.
Le mostraba los recintos
deliciosos donde al son
de la guzla y el pandero
dulce danza se bailó.
Le mostraba bellos patios
de ese ambiente seductor
y de esos encantos hondos
que embrujan el corazón.
Le mostraba el leve hilo
del agua del surtidor
que una música esbozaba
tan queda como la voz
que murmura en un oído
juramentos de pasión.
Le mostraba los serrallos
donde ostentaban la flor
de sus bellezas mil bellas
con callada sumisión.

Ayuntamiento de Madrid

En tal momento el doncel
detuvo el paso y quedó
como clavado en el suelo
ante la gracia y primor
de cierta gentil mujer
sentada en rojo almohadón.
Su piel era blanca y rosa,
como es el almendro en flor;
y su pelo era azabache,
y su mirada arrebol.
Eran de carmín sus labios,
y de virgen su candor;
y su rostro delataba
amarga resignación.
—¿Quién es?—al rey le pregunta
mientras inmóvil quedó.
—Es mi favorita—el rey
contesta con dura voz.
—Pues es la mujer más bella
que jamás España vió.
—Cuídate bien de mirarla
con tan insistente ardor.
Que aquel que a hacer lo que has hecho
alguna vez se atrevió,
se le sacaron los ojos
en castigo a su tesón.—
Queda el doncel sorprendido
cuando estas frases oyó,
y nada dice, y prosigue
por un largo corredor.
Pero, antes de haber salido,
a ella sus ojos volvió.

Porque de tal hermosura
se llegó loco a prendar,
en una cárcel obscura
lo mandaron encerrar.
Apenas la luz del día
por alta ventana entraba;
y era tan lóbrega y fría,
que una tumba simulaba.
En ella el bravo doncel
lloró su imposible amor,
dando al tormento cruel
querellas de trovador.
Pero, mientras, el rey pena
y a solas sufre su hado;
que aquella hermosa agarena,
del cristiano se ha prendado.
Y es su dolor tan artero
y está airado de tal suerte,
que ha llamado al prisionero
para condenarlo a muerte.

Con firme y sereno gesto
el cristiano se llegó,
y la gente de palacio
se le acerca en derredor.
Llorosa la favorita,
calla en vano su emoción.
Dos árabes le conducen,
y el rey con gesto feroz
en su trono se incorpora
y de este modo le habló:
—Sé que, hace breves momentos,
la elegida de mi amor,
poniendo a riesgo su vida,
del harén rápida huyó
y, rogando a los guardianes,
se presentó en tu prisión.
Sé que te pidió que huyeras,
contestando tú que no,
ya que, al huir, nunca más
escucharías su voz
ni admirarías su rostro
ni su cuerpo seductor.
Sé que de su esclavitud
y su deber se olvidó,
y a un enemigo cristiano
juró para siempre amor.
¿Sabes tú con qué se paga
esa osadía y traición?
—Podrás matarme—responde
aquél, con serena voz.
—Tú lo has dicho. Bien comprendes
para qué se te llamó.
¡Piensa, pues, lo que te aguarda!
—Nunca tembló el español
que en cien combates dió fe
de su firmeza y valor.
Vi ya a la muerte bien cerca,
y su faz no me asustó.
—¡Para siempre has de dejarla!
—Sí. Pero en cambio su amor
irá conmigo al suplicio.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Nunca más verás el sol!
—Vi sus ojos una vez
y todo sol se empañó.
—¡No tornarás con los tuyos!
—Ellos me dieron su adiós.
—¡No volverás a tu patria!
—Ella por muerto me dió.—
Entonces el rey medita
un momento, y su dolor
va mostrándose en su rostro
cual tristísimo crespón.
—Ya entiendo bien lo que dices—
con viveza replicó.
—Ya comprendo que es de un temple
de acero tu corazón.
Podré arrancarte la vida.
mas no arrancarte tu amor.
Yo, en cambio, quiero arrancarme
esta insensata pasión,
y quiero que para siempre
se concluya mi dolor.
No debo matarte a ti.
Quien debe morir soy yo.
Y de este modo diciendo,
y a ella dándole un adiós,
con la torva cimitarra
el pecho se atravesó.

CUATRO SONETOS

POR ENRIQUE LOPEZ ALARCON

Marcha triunfal

Ceñidos del laurel de los poetas
vuelven a la ciudad los vencedores,
pífanos resonando y a tambores
entre el agrio balar de las trompetas.

Traen en las armas sanguinosas vetas,
rendidos los nerviosos trotadores,
el cinto sin venablos cortadores
y huecos los carcajes de saetas.

Está al balcón la greye femenina;
unas lucen guedejas como endrina
y otras son rubias como el oro fino.

El as el premio son de la victoria,
y son todas amables cual la gloria
y firmes en su amor como el destino.

La corte de los ingenios

Van mendigos y hampones al rodeo,
tomando el sol, los héroes marciales,
Rana y la Calderón a sus corrales,
Espínola y Velázquez de paseo.

Diez hidalgos escuchan el ceceo
con que esmalta en cadencias musicales
Góngora el cordobés sus madrigales,
ramilletes en flor de galanteo.

Mira atento Gil Blas de Santillana
cómo la prez del gran Villamediana,
saluda al paso a la arrogancia fiera

de los recios bigotes militares,
que acerca el Conde Duque de Olivares
al blasón del cristal de su litera.

El madrigal del vencido

Fuí con D. Sancho a Uclés, y he visto rota
la flor de las leyendas castellanas,
y han chafado las armas mahometanas
la urdimbre milanesa de mi cota.

Ni en Uclés fué tan dura mi derrota
como lo ha sido al pie de tus ventanas,
ni me arredran las lanzas africanas
como el desdén que en tus pupilas flota.

Y he de ofrecerte de tu triunfo en prenda
por si llego al rescate con mi ofrenda,
y así en tributo acabará mi duelo;

sacarme el corazón del coselete,
prensarlo hasta teñirme el guantelete,
y engarzarlo a un joyel de tu mantelo.

A la cita con doña Sol

He traspuesto los montes castellanos
y las hoscas llanuras enrasadas,
y he rendido, por verte, en tres jornadas,
quince robustos potros jerezanos.

Atónitos observan los villanos
mi terco galopar por sus yugadas;
van, junto al cuello del corcel, crispadas,
sueltas las riendas en la crin, mis manos.

Dos rígidos y largos gavilanes
tiene mi espada puestos en el pomo,
cruzando el cazolín, según se estila,

sufren también de verte los afanes
y a la taza se asoman, cual me asomo
al remanso de amor de tu pupila.

Ayuntamiento de Madrid

EL VIAJERO

CUENTO

POR EMILIA PARDO BAZÁN

Fría, glacial era la noche. El viento silbaba medroso y airado, la lluvia caía tenaz, ya en ráfagas, ya en fuertes chaparrones; y las dos o tres veces que Marta se había atrevido a acercarse a su ventana por ver si aplacaba la tempestad, la deslumbró la cárdena luz de un relámpago y la horrorizó el rimbombar del trueno, tan encima de su cabeza, que parecía echar abajo la casa.

Al punto en que con más furia se desencadenaban los elementos, oyó Marta distintamente que llamaban a su puerta, y percibió un acento plañidero y apremiante que la instaba a abrir. Sin duda que la prudencia aconsejaba a Marta desoirlo, pues en noche tan espantosa, cuando ningún vecino honrado se atreve a hecharse a la calle, sólo los malhechores y los perdidos libertinos son capaces de arrostrar viento y lluvia en busca de aventuras y presa. Marta debió haber reflexionado que el que posee un hogar, fuego en él, y a su lado una madre, una hermana, una esposa que le consuele, no sale en el mes de Enero y con una tormenta desatada, ni llama a puertas ajenas, ni turba la tranquilidad de las doncellas honestas y recogidas. Más la reflexión, persona dignísima y muy señora mía, tiene el maldito vicio de llegar retrasada, por lo cual sólo sirve para amargar gustos y adobar remordimientos. La reflexión de Marta se había quedado zaguera según costumbre, y el impulso de la piedad, el primero que salta en el corazón de la mujer, hizo que la doncella, al través del póstigo, preguntase compadecida «¿Quién llama?» Voz de tenor dulce y vibrante respondió en tono persuasivo: «Un viajero». Y la bienaventurada de Marta, sin meterse en más averiguaciones, quitó la tranca, descorrió el cerrojo y dió vuelta a la llave, movida por el encanto de aquella voz tan vibrante y tan dulce.

Entró el viajero, saludando cortésmente; y quitándose con gentil desembarazo el chambergo, cuyas plumas goteaban, y desembozándose la capa, empapada por la lluvia, agradeció la hospitalidad y tomó asiento cerca de la lumbre, bien encendida por Marta. Esta apenas se atrevía a mirarle, porque en aquel punto la consabida tardía reflexión empezaba a hacer de las suyas, y Marta comprendía qne dar asilo al primero que llama es ligereza notoria. Con todo, aun sin decidirse a levantar los ojos, vió de soslayo que su huésped era mozo y de buen talle, descolorido, rubio, cara linda y triste, aire de señor acostumbrado al mando y a ocupar alto puesto. Sintióse Marta encogida y llena de confusión, aunque el viajero se mostraba reconocido y la decía cosas halagüeñas, que por el hechizo de la voz lo parecían más; y a fin de disimular su turbación, se dió prisa a servir la cena y ofrecer al viajero el mejor cuarto de la casa, donde se recogiese a dormir.

Asustada de su propia indiscreta conducta, Marta no pudo conciliar el sueño en toda la noche, esperando con impaciencia que rayase el alba para que se ausentase el huésped. Y sucedió que éste, cuando bajó, ya descansado y sonriente, a tomar el desayuno, nada habló de marcharse, ni tampoco a la hora de comer, ni menos por la tarde; y Marta, entretenida y embelesada con su labia y sus paliques, no tuvo valor para decirle que ella no era mesonera de oficio.

Corrieron semanas, pasaron meses, y en casa de Marta no había más dueño ni más amo que aquel viajero a quien en una noche tempestuosa tuvo la imprevisión de acoger. El mandaba; y Marta obedecía sumisa, muda, veloz como el pensamiento.

No creáis por eso que Marta era propiamente

Ayuntamiento de Madrid

feliz. Al contrario, vivía en continua zozobra y pena. He calificado de amo al viajero, y tirano debí llamarle, pues sus caprichos despóticos y su inconstante humor traían a Marta medio loca. Al principio el viajero parecía obediente, afectuoso, zalamero, humilde; pero fué creciéndose y tomando fueros, hasta no haber quien parase con él. Lo peor de todo era que nunca podía Marta adivinarle el deseo ni precaverle la desazón: sin motivo ni causa, cuando menos debía temerse o esperarse, estaba frenético o contentísimo, pasando, en menos que se dice, del enojo al halago y de la risa a la rabia. Padecía arrebatos de furor y berrinches injustos e insensatos, que a los dos minutos se convertían en transportes de cariño y en placideces angelicales; ya se emperraba como un chico, ya se desesperaba como un hombre; ya hartaba a Marta de improperios, ya le prodigaba los nombres más dulces y las ternezas más rendidas.

Sus extravagancias eran a veces tan insufribles, que Marta, con los nervios de punta, el alma de través y el corazón a dos dedos de la boca, maldecía el fatal momento en que dió acogida a su terrible huésped. Lo malo es que cuando justamente Marta, apurada la paciencia, iba a saltar y a sacudir el yugo, no parece sinó que él lo adivinaba; y pedía perdón con una sinceridad y una gracia de chiquillo, por lo cual Marta no sólo olvidaba instantáneamente sus agravios, sino que, por el exquisito goce de perdonar, sufriría tres veces las pasadas desazones.

¡Qué en olvido las tenía puestas cuando el huésped, a medias palabras y con precauciones y rodeos, anunció que *ya* había llegado la ocasión de su partida! Marta se quedó de mármol, y las lágrimas lentas que le arrancó la desesperación cayeron sobre las manos del viajero, que sonreía tristemente y murmuraba en voz baja frasecitas consoladoras, promesas de escribir, de volver, de recordar. Y como Marta, en su amargura balbucía reproches, el huésped, con aquella voz de tenor dulce y vibrante, alegó por vía de disculpa: «Bien te dije, niña, que soy un viajero. Me detengo, pero no me estaciono; me poso, no me fijo.» Y habéis de saber que sólo al oir esta declaración franca, sólo al sentir que se desgarraban las fibras más íntimas de su ser, conoció la inocentona de Marta que aquel fatal viajero era el Amor, y que había abierto la puerta, sin pensarlo, al dictador cruelísimo del orbe.

Sin hacer caso del llanto de Marta (¡para atender a lagrimitas está él!), sin cuidarse del rastro de pena inextinguible que dejaba en pos de sí, el Amor se fué, embozado en su capa, ladeado el chambergo—cuyas plumas, secas ya, se rizaban y flotaban al viento bizarramente—en busca de nuevos horizontes, a llamar a otras puertas mejor trancadas y defendidas. Y Marta quedó tranquila, dueña de su hogar: libre de sustos, de temores, de alarmas, y entregada a la compañía de la grave y excelente reflexión, que tan bien aconseja, aunque un poquillo tarde. No sabemos lo que habrán platicado; sólo tenemos noticias ciertas de que las noches de tempestad furiosa, cuando el viento silba y la lluvia se estrella contra los vidrios, Marta apoyando la mano sobre su corazón, que le duele a fuerza de latir apresurado, no cesa de prestar oído, por si llama a la puerta el huésped.

Ayuntamiento de Madrid

DE LOS ESTADOS UNIDOS

EL SUBMARINO PORTA-AVION

EL PRIMER CRUCERO ELECTRICO

A medida que van inventando nuevos aparatos y nuevos medios de transporte y destructores, se va modificando la lucha entre los hombres, lo mismo en tierra que en mar. La última guerra ha descubierto nuevos inventos y modernas máquinas de destrucción, como los submarinos, que han hecho concebir un profundo desenvolvimiento de la hidroaviación.

Los Estados Unidos han entrado de lleno en el estudio de estas cuestiones, con objeto de establecer una trabazón entre el submarino y el avión. Han construído, para ello, un subm rino porta-avión, cuyos ensayos no han podido ser más satisfactorios.

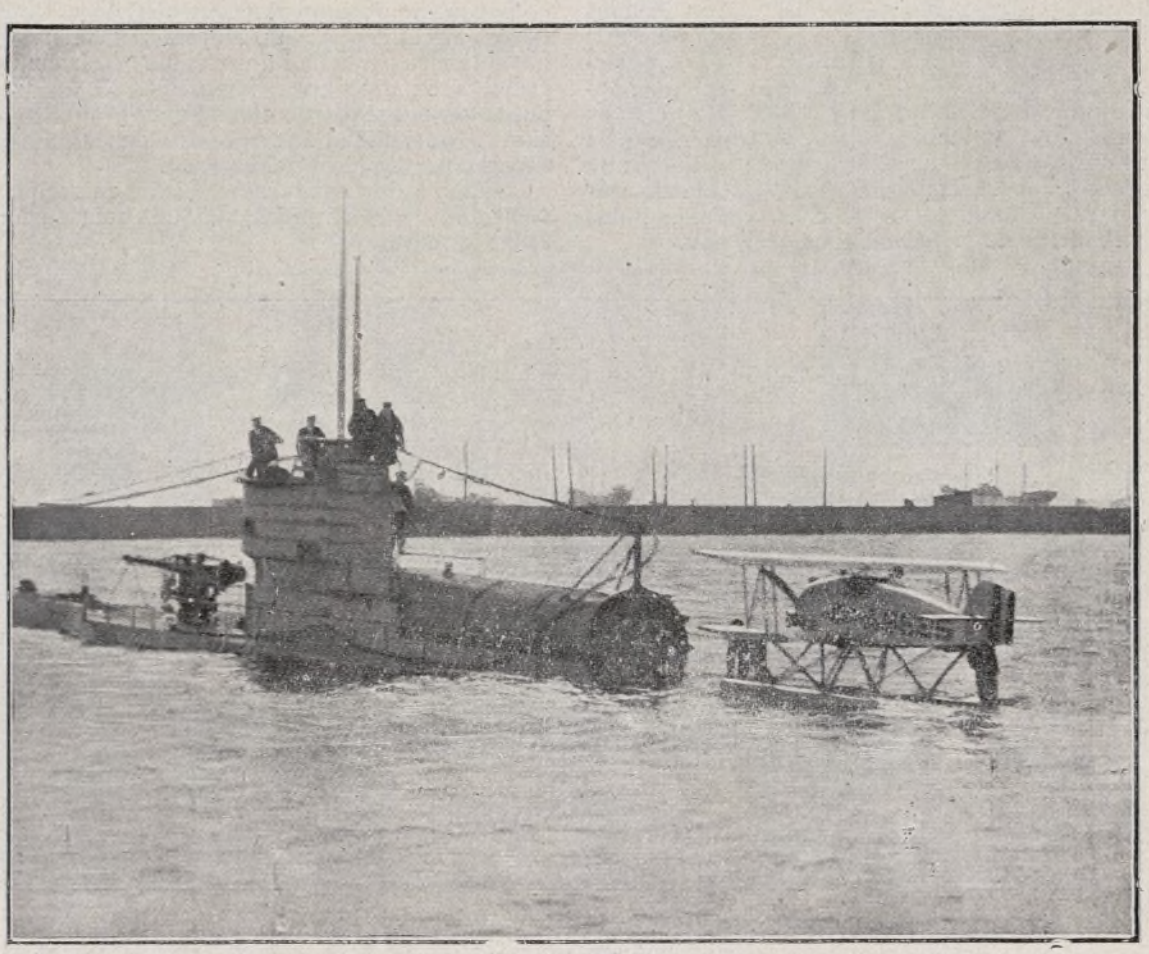
El avión desmontado va colocado en un tubo a la trasera del submarino; el mecanismo facilísimo permite hacer el montaje en breves minutos, haciéndole flotar sumergiendo en el agua la parte de popa. Lo mismo se opera a la inversa; el aparato se coloca a la prolongación del tubo por encima de la plataforma inmergida; en este momento se achica el agua de los compartimientos del submarino; tomando éste su posición normal en la superficie y el aparato, en la cubierta, queda en disposición de ser desmontado e introducido en su envoltura o tubo.

En Francia también ha sido estudiada esta cuestión del submarino porta-avión; se han presentado varios proyectos muy interesantes, pero ninguno de ellos ha sido realizado todavía.

***

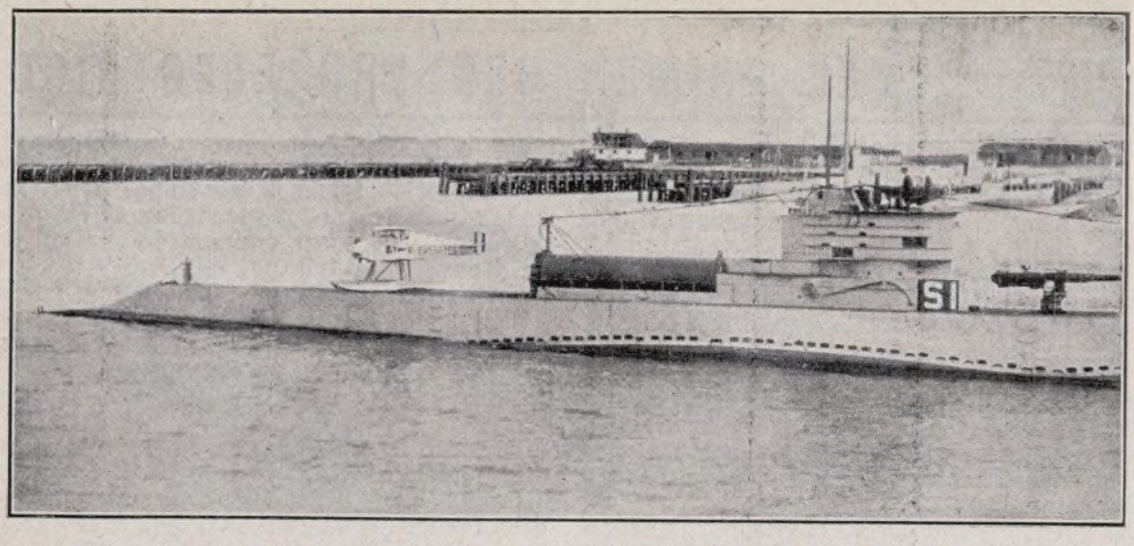
El *Colorado* está puesto en movimiento por medio de la electricidad.

Cada hélice está acoplada a un motor eléctrico, colocada tan lejos como sea posible de ella. La fuerza de los motores está suministrada por generadores eléctricos, cada uno de ellos conducido por una turbina de vapor. Las causas del empleo de este sistema son de orden militar: está permitida una gran latitud en cuanto a las turbinas y generadores. La arquitectura naval no está obli-



El submarino se hunde un poco para que el hidroavión pueda colocarse sobre la plataforma inmergido, de cara altuboque le ha de contener. Estos aparatos pueden ser desmontados sobre la plataforma para ser introducidos en el tubo-abrigo del submarino.

Ayuntamiento de Madrid



El submarino navegando con el hidro-avión sobre la plataforma trasera dispuesto a emprender el vuelo

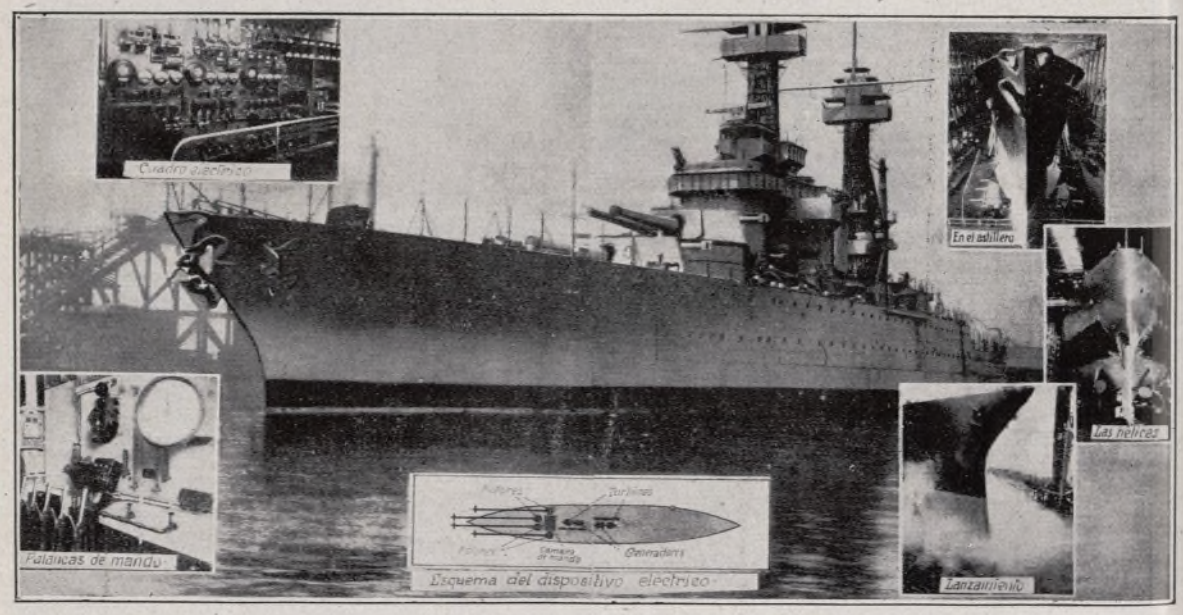
gada a respetar las leyes concernientes a la construcción de un barco de guerra: cámara de municiones y polvorines estanques. Un barco de guerra movido eléctricamente, es mejor unidad de combate que un navío de vapor, de las mismas dimensiones.

Tienen otra ventaja: las hélices movidas a electricidad pueden retornar su marcha, a plena velocidad. Las del *Colorado* pueden ser detenidas en menos de tres minutos, aunque el navío marche a 21 nudos. Una tal maniobra es imposible en un barco a vapor. Cada hélice está accionada por un motor Westinghouse de 8.000 caballos y dos generadores de 15.000 caballos cada uno.

El puesto de mando de toda la maquinaria es una pequeña cámara situada en la parte más protegida del navío.

Seis hombres registran cada moviento del barco por medio de conmutadores eléctricos. Contadores, montados en plataformas aisladas, dan hasta la más pequeña información: un sistema especial hace todo error imposible. El *Colorado* puede ser maniobrado con la más grande precisión sin posibilidad de errores en la manipulación de los conmutadores del registro.

Cuando todas las turbinas están en acción, la velocidad es de 21 nudos; con una sola turbina, es de 15 nudos.



Este portentoso barco es un vasto laboratorio de experiencias para los ingenieros marinos, por estar dirigido todo por electricidad, desde las hélices hasta los aparatos de cocina.

Ayuntamiento de Madrid

CURIOSIDADES ENTOMOLOGICAS

EL EJERCITO DESTRUCTOR DE LAS "TERMITAS"

Las «termitas», mucho más antiguas en el globo que las abejas y las hormigas, forman sociedades tan perfectas y es tal su importancia económica, que merecen un puesto de preferencia en la vulgarización científica. Está repartida esta especie en las regiones tropicales, encontrándose también la *termita lucífuga* en las espesas selvas gasconias, en donde han sido estudiadas por el doctor J. Feytand, director de la estación entomológica de Burdeos.

En la vivienda termita se ve rebullir un infinito número de séres, ágiles como hormigas, a las que se parecen algo, y que la mayor parte son *obreros*. Su talla viene a ser como de medio centímetro y su color es blanco amarillento. En la cabeza tienen unas finas antenas en movimiento constante que tocan los objetos o mueven en el vacío, comunicando las impresiones a los compañeros que encuentra en su ruta.

Los soldados, tienen el cuerpo un poco más largo. Su tórax sin alas y su abdómen se asemejan a los del trabajador u *obrero*, pero la cabeza es voluminosa, casi tan larga como el resto del cuerpo y recubierto de una coraza oscura, especie de blindaje, delante del cual aparecen por encima de las antenas dos largas y fuertes mandíbulas que maniobran entre sí como si fueren unas tijeras.

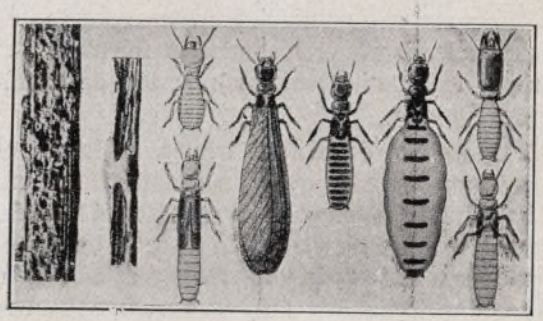
Obreros y soldados, que son indistintamente machos y hembras, son casi ciegos e incapaces de reproducirse entre sí

El insecto alado o *imago* no existe en la *termitiera* más que en un periodo muy corto: en la primavera. Tiene un moreno negruzco; su cuerpo mide unos 6 milímetros, pero las alas que siguen en reposo al eje del cuerpo, doblan su longitud. La cabeza es relativamente pequeña. Tiene finas antenas y buenos órganos visuales. El tórax, lleno por los músculos del vuelo, es tan largo como la cabeza, así como el abdómen. Las cuatro alas transparentes la recubren por encima. La base de cada una forma como una escala separada del resto por una sutura, al nivel de la cual se quiebra el órgano, después del vuelo.

Los *imagos*, convertidos en *reyes* o *reinas*, no tienen alas pero conservan la base de ellas. Lo que da a la reina un aspecto más notable todavía es la distensión de su abdómen, en que separándose las capas morenas, dejan ver una membrana blanca que forma con ellas un ligero rizado.

Una termitiera normal posee un conjunto real: un rey y una reina llegados allí por vía de los aires. Pero muchas colonias poseen *reproductores sedentarios*, provistos de alas. Los reyes sensuales y los sedentarios son exclusivos los unos a los otros y no entran en función mas que en las colonias privadas de ellos.

Para conocer todos los elementos que pueblan una termitiera, es preciso conocer las formas en curso de desarrollo, es decir las *larvas*, y sobre



Las termitas, como un ejérciro destructor, perfectamente disciplinado, tiene diversas clases de categorías: en el grabado puede verse la termita rey, reina, imago, soldado y obreros. A la izquierda un frgmento de madera roído por estos insectos.

todo las *ninfas*. Estas que tienen de 7 a 8 milímetros, son de un blanco más pronunciado que los obreros y soldados, los hay con rudimentos de alas, largos como estuches o triangulares, que caracterizan la primera y segunda formas, destinadas a constituir de una parte los enjambres y de otra los sedentarios.

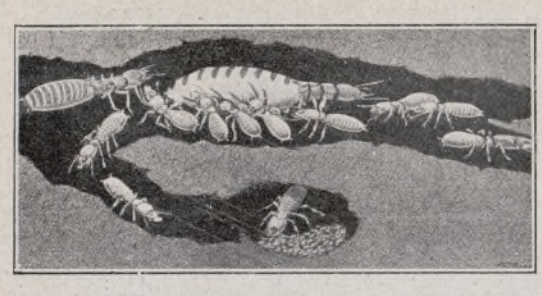
Todo este mundo vive esencialmente oculto. No se le puede ver, más que rompiendo el tronco en donde se esconde. Sólos, las alas son las que se ven, recubriéndoles completamente.

Los trabajos y defensa de la comunidad

Todos los trabajos de la termitiera, se hacen por los obreros, que unos son mineros, albañiles, cavadores, etc.

Son indispensables grandes trabajos de mina para agrandar el dominio de la ciudad; es preciso guarnecer los vacíos y construir los puentes entre los grandes vanos. Los obreros tienen como

Ayuntamiento de Madrid



La cámara de incubación.—Alrededor de la reina los obreros la desembarazan de sus huevos, que llevan a la cámara de incubación. En ésta otro obrero, vela los gérmenes y los cuida para facilitar su nacimiento.

útiles sus mandíbulas, como aparatos de medida, sus antenas y para materiales para el trabajo, hacen un mortero de tierra y madera; para casos de urgencia, emplean las mismas fibras de las paredes de la termitiera o bien restos de excrementos.

El transporte de los materiales, se hace por los mismos obreros que van a construirlo y también son obreros los que encontramos al lado del rey y de la reina, haciendo la *toilette* de éstos, asistiendo a la postura y llevando los huevos a los lugares destinados a la incubación. Son ellos lo que cuidan de todos los pequeños, que los transportan, que los lavan y los alimentan, dándoles la comida a cebo en la boca, como hacen los pájaros con progenitura. Su papel de nutrición le ejercen igualmente con las ninfas a vista del rey o de la reina o de sus reemplazantes. Gracias a esta alimentación especial, las larvas vienen a ser reproductoras.

El único objeto de los obreros, es trabajar siempre y así están toda su vida, ya que la parte defensiva está confiada a los soldados, que son escogidos por su contextura y especialización.

El pequeño ejército, que en una ciudad populosa cuenta muchos miles de individuos, no es nunca un grupo de ataque. Es una milicia, cuyos elementos dispersados entre los trabajadores, como agentes de policía, velan por la seguridad general. Aquí en la termitiera, los soldados excitan a los obreros al trabajo con movimientos de sobarbada, que sus congéneres perciben y repiten a su alrededor. En caso de alarma, todos los soldados acuden al punto amenazado.

Los grandes enemigos de las termitas, son las hormigas. La rivalidad que se oponen unas a otras, se parece a la de las luchas humanas: Tienen también sus vanguardias para caso de ataque y se despliegan por las fronteras o límites del enjambre.

La hormiga, a pesar de su saco de veneno, no puede triunfar del termita-soldado; tiene su misma talla, pero sus mandíbulas son menos fuertes y su casco menos resistente. No tiene más recurso que atacar a su enemigo por detrás, porque en una lucha cara a cara, sucumbe casi siempre entre los sables del enemigo que la secciona por la cintura.

La fundación de una termitiera; como crece y se perpetúa.

El rey y la reina son el padre y la madre de todos los habitantes de la ciudad, cuya obra es la fundación del enjambre.

Este fenómeno es de lo más curioso: A su llegada, todo un cuartel de la termitiera, se pone en movimiento; los obreros corren para desembarazar las salidas y los soldados avanzan para librarlas de las apaches—hormigas que esperan atacar a los emigrantes que, casi sin defensa, salen del escombramiento.—Salen los adolescentes dejando a la gran familia, de la que se separan para siempre, y vuelan hasta encontrar un nuevo refugio, para construir su termitiera.

Sus desposorios, se verifican en el camino y tiene todas las apariencias de una unión duradera. Los dos prometidos, a veces, tienen que hacer un largo viaje, el uno detrás del otro, para encontrar su refugio; después de la instalación de éste, hacen la de la cámara o habitación en que han de vivir los dos esposos.

A los dos o tres meses, se les encuentra rodeados de algunos pequeños, que han de ser el advenimiento de una nueva ciudad.

La población de una termitiera, aumenta muy pronto; al cabo de tres años se cuenta por milla-

La reparación de una brecha.—Sin cesar, termitas-obreros, vigilados por un soldado que está a la derecha, llegan, formando una doble fila en la galería pelotas de tierra húmeda para tapar la brecha abierta en la *termitiera.*

Ayuntamiento de Madrid

res; a los diez por decenas o centenas de millar.

A decir verdad, el rey y la reina no son soberanos, sino elementos de este organismo social, del cual son prisioneros y la celda en la que están condenados a fecundar y poner indefinidamente, no es más que una prisión dorada; aunque se les cuide a maravilla y se les alimente bien para que cumplan su misión ingrata de ser los proveedores de la raza.

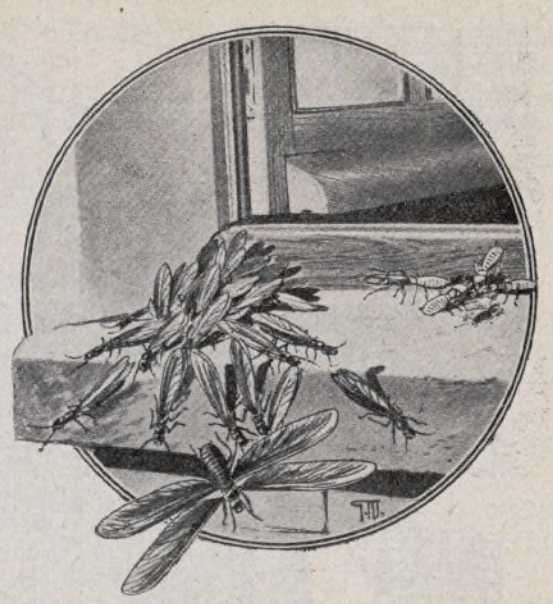
Además de la reina, se encuentran, claro es, muchas hembras, cuya producción es enorme. Debido a esto, la colonia toma algunas veces una extensión formidable, que ya no cabe en una colmena o *termitiera* y salen a los alrededores, haciendo nuevas ciudades, pero sin tener apenas relación con la colonia madre.

Los termitas en sus casas.

El tronco de pino, habitado comunmente por el *termita lucífugo*, no es desgraciadamente su refugio exclusivo.

Toda pieza de madera muerta, como los de construcción de casas y aun de muebles, son pasto de estos seres que destruyen por completo la obra elaborada, por la difusión de los enjambres.

El peligro de la invasión es tanto más grave, cuanto que ella es más oculta. En las maderas elaboradas, como en el tronco del árbol los *tramitas* viven recluídos, destruyendo todas las fibras de la madera, que pierden poco a poco su consistencia, no conservando mas que una apariencia de solidez.



El enemigo en casa.—Una simple fisura es suficiente para que estos insectos invadan una casa y la minen por todos lados. Aquí el ataque comienza por el pequeño agujero de la ensambladura inferior de la ventana.

Se han buscado mil medios para la destrucción de estos seres destructores, pero, de no poderlos extirpar en el germen o en el debut de su invasión, no se ha encontrado cosa mejor, y se está empleando con el mayor éxito, que los gases asfixiantes, notablemente los de cloropicrina.

PARA PASAR EL RATO

He aquí un documento curioso de 1865. *Exposición de treinta mil mujeres al señor ministro de la Guerra*:

«Señor: las que suscriben, vecinas de la casa donde viven, con el mayor respeto, cual cumple a su carácter y a su objeto, a V. E. suplican, que, clemente, resuelva lo siguiente:

Tiempo ha que el ministerio de su cargo, que huele a dulce, más que sabe a amargo, publicó una Real orden que nos puede llevar hasta el desorden, máxime cuando... al fin... si bien se mira el odio a nuestro sexo es quien la inspira. En ella se previene, y esto no nos conviene, que ningún militar, joven ni viejo, esto huele a consejo, podrá tomar estado, mientras de capitán no tenga el grado, salvo aquellos que logren, sin apuros, aflojar un turbión de pesos duros.

Semejante medida, debe ser arreglada o destruída. ¿Por qué un ministro intenta, que no pueda una dama ser tenienta? ¿Por qué ha de ser el capitán Juan Pérez, mejor para marido que un alférez?

Señor, V. E. es bueno, y no ha de permitir el mal ajeno; revoque esa sentencia, y guarde Dios la vida de V. E.; tantos y largos años, como nos dan los novios desengaños. Madrid, diciembre 12.»—Siguen las firmas que el lector conoce.

INFORME

Pase a secretaría, y evacue su dictámen en el día.

«Vista y examinada, la exposición arriba señalada, opina la sección que la contienda, se debe resolver por la de Hacienda. Madrid, diciembre 15.—*Cándido Solterón y Ojos de Lince.*»

Ayuntamiento de Madrid

Cada uno de los órganos del cuerpo humano pudiera ser teóricamente reemplazado por un aparato o una máquina.

Corrientemente se compara al cuerpo humano con una máquina. En esta máquina introducimos, en forma de alimentos, combustible; con ello calorias, energía y fuerza motriz.

No será muy exacta la comparación, pero es de las más ingeniosas. Claro es, que la máquina humana, se distingue de las demás inventadas por el hombre, en un elemento esencial y particularísimo, como es la inteligencia, el pensamiento, la imaginación, la consciencia... Por otra parte no necesita aprendizaje, nuestro cuerpo desempeña expontáneamente y con la mayor perfección el oficio de mecánico, aunque el aparato es de los más complejos y sus ruedas sean muy variadas y múltiples. Mas justamente podemos decir que el organismo humano no es una máquina sino una reunión de máquinas, de útiles y de instrumentos y en él se encuentran verdaderos laboratorios, talleres y almacenes.

Pasemos rápidamente revista a los órganos de las principales funciones. Veremos el de la digestión que empieza en la boca, como si fuera un gran taller de cortar y triturar, con los incisivos molares y caninos; la lengua envuelve el ali-

Ayuntamiento de Madrid

mento, lo da vueltas, lo gusta, le rodea de jugos como la saliva y... habla. Sigue el crófago, por donde va al estómago, conducido directamente, sin detenerse en el espacio pulmonar y en él se cumplen los fines de un verdadero laboratorio: millares de pequeños depósitos que son glándulas, vierten sus jugos mucosos, pepsina, sales diversas, mientras que las paredes del estómago, flexibles como una cornemusa, baten la mezcla que viene a constituir el quimo, que va a parar al intestino grueso.

Más extraño taller que aquel. Nuevas manipulaciones se operan sobre el quimo. Nuevas corrientes de jugos, venidas de muy lejos, del hígado y del páncreas lo inundan nuevamente de bilis, de jugo pancreático, etc. y lo convierten en «quilo» después de ser absorvidas las sustancias útiles a la sangre y a la vida.

Acabamos de hablar del hígado y el solo representa el más extraño y el más perfecto de los aparatos: Tiene el uso doble de producir bilis y a la vez es una fábrica de azúcar, sin contar que esta última puede compararse al generador de una calefacción central, puesto que la azúcar o glicógeno que elabora da la temperatura necesaria al cuerpo del hombre.

Los "instrumentos" del cuerpo humano

Pasemos ahora a los instrumentos. ¿Nuestro cuerpo, con su masa celular no es con los huesos, una verdadera armadura de cemento armado? ¿Nuestros músculos fijos sobre ellos, no son grúas y palancas de tres géneros, que producen nuestros movimientos? ¿Nuestros riñones no son filtros? ¿Los ojos no son aparatos fotográficos? ¿Nuestro tímpano, no es la piel de un tambor? ¿Nuestros depósitos sinoviales, no son como engrasadores de máquina? ¡Las articulaciones, que son sino combinaciones de cámaras de aire y rozamientos de bolas!

No es solamente una cuestión de palabras ni de imágenes más o menos felices, sino la expresión real y exacta del papel que desempeñan cada uno de los órganos designados.

¿A qué máquina o a qué taller podíamos comparar ese otro órgano tan importante para nuestra vida, como es el pulmón?

Hasta el presente se le asemejaba al fuelle de uua fragua o para precisar más su función, a un laboratorio de depuración, donde la sangre venosa y negra, puesta el contacto del aire se desembaraza de su ácido carbónico y otras impurezas y se apropia el oxígeno que la enrojece y vivifica.

Pero esta concepción clásica es insuficiente. El pulmón, después de los recientes descubrimientos del profesor Roger y de su colaborador Binet, tiene otro oficio que el de depurar la sangre, a saber: un servicio de desgrasamiento.

Los anatomistas hacen una descripción muy ingeniosa de este raro taller:

He aquí—dicen—un edificio, o mejor una sala con las dimensiones de 7 metros de altura, 6 metros de longitud y 4 m. 50 de anchura. Un cálculo fácil, nos permite conocer que la superficie interior de esta sala es cerca de 200 metros cuadrados.

Pues esta superficie de 200 metros cuadrados es exactamente la superficie interior de nuestros dos pulmones...

Será posible—dirá el lector—que estas dos pequeñas masas rosadas que se contienen en nuestra masa torácica, es decir, en una prisión que no tiene ni un metro de vuelta a su alrededor, puedan ser comparadas a un local espacioso o a la superficie mural que presente una casa de 10 metros de fachada por 20 metros de altura.

Sorprendente es la cosa, pero es rigurosamente cierta.

Para comprenderlo recordemos rápidamente el camino que el aire debe seguir, desde la atmósfera exterior hasta nuestros pulmones, para llevar a éstos el oxígeno que ha de utilizar la sangre. Es por la boca, después por la laringe, a la que sigue la tráquea, hasta la parte superior del torax donde se bifurca para formar los dos bronquios, el conducto que ha de atravesar el aire.

Aquí redoblemos la atención. Los bronquios, cada uno destinado a un pulmón, están sometidos a esa gran ley que parece presidir la organización del cuerpo humano: la división. En efecto, cada uno de nuestros bronquios se subdivide en otros más pequeños y éstos en ramas secundarias, terciarias, cada vez más finas; la aglomeración de las últimas ramificaciones de los bronquios constituyen precisamente los pulmones.

Se nombran lóbulos pulmonares a esos pequeños órganos minúsculos, cuyo diámetro es de una *décima de milímetro*, en cuyas paredes hay una infinidad de células microscópicas: las *vesículas*. Estas últimas desarrollan a tal punto la superficie del pulmón, que si ellas estuvieran desplegadas y extendidas—por ejemplo, en los muros de nuestra sala—ellas recubrirían exacta-

Ayuntamiento de Madrid

mente—el cálculo ya ha sido hecho—los doscientos metros cuadrados.

El cálculo no es excesivo, si se tiene en cuenta el trabajo colosal que debe cumplirse en el pulmón, como es el de purificación de la sangre. Hay que pensar que el volumen de nuestra sangre puede ser evaluado en 5 o 6 litros, que cada una de sus gotas no tarda más de 30 segundos para efectuar el recorrido completo por nuestro cuerpo, y, por consecuencia es un torrente de unos 18.000 litros de líquido, que, en 24 horas, atraviesan nuestro pulmón, o sea casi el valor de 80 toneladas de vino.

Para airear, limpiar y oxigenar rápidamente una tal corriente de líquido, no es demasiado la inmensa superficie interior de los pulmones.

No olvidemos tampoco, que el agente de esta purificación de sangre, es decir, el aire, tiene necesidad de penetrar libremente y en abundancia en el laboratorio pulmonar para proceder a su obra. En efecto, nosotros respiramos 14 o 16 veces por minuto, o sean unas 22.000 veces por día y nosotros aspiramos cada vez alrededor de un medio litro de aire, o sea 11.000 litros por día.

El laboratorio pulmonar

Una reacción que se verifica diariamente en 11 metros cúbicos de aire y 18 metros cúbicos de sangre, exige un vasto laboratorio, y el laboratorio pulmonar con sus 200 metros cuadrados de superficie, no tiene nada de exagerado.

Esto es tanto más evidente que, desde Roger y Binet, nuestro pulmón no es solamente el instrumento de la función respiratoria, sino de una función, hasta ahora insospechada. Para nuestros sabios hay en el pulmón un doble trabajo: de una parte, detiene los cuerpos grasos y de otra los destruye, resultando esta destrucción de la acción del oxígeno del aire con la de un fermento o «diastasis» especial del tejido pulmonar.

Podemos resumir, en fin, que el pulmón no es comparable sólo a un fuelle o a una sala de inhalación, sino que es una máquina de las más útiles y perfeccionadas del cuerpo humano.

REFLEXIONES

Nuestras virtudes son frecuentemente vicios disfrazados.

***

Llamamos virtud a lo que con frecuencia no es más que un conjunto de hechos y de intereses que la fortuna o nuestra industria han sabido disponer: pues no siempre por valor o por castidad son los hombres valerosos ni las mujeres casadas.

***

El egoísmo es el mayor de todos los aduladores.

***

Por muchos descubrimientos que se hagan en el país del egoísmo, siempre quedarán en él tierras desconocidas.

***

Más hábil es el egoísmo que el hombre más hábil del mundo.

***

La duración de las pasiones depende de nosotros tanto como la de nuestra vida.

***

Muchas veces la pasión convierte en loco a hombre más cuerdo, y en cuerdo muchas veces también al más necio.

***

Grandes y brillantes hechos, deslumbradores de los ojos, han sido presentados por los políticos como resultado de designios elevadísimos, cuando son generalmente producto del carácter y de las pasiones. De esta suerte la guerra entre Augusto y Marco Antonio, que se atribuye a la ambición de ambos por hacerse dueños del mundo, acaso no fué más que un efecto de los celos.

***

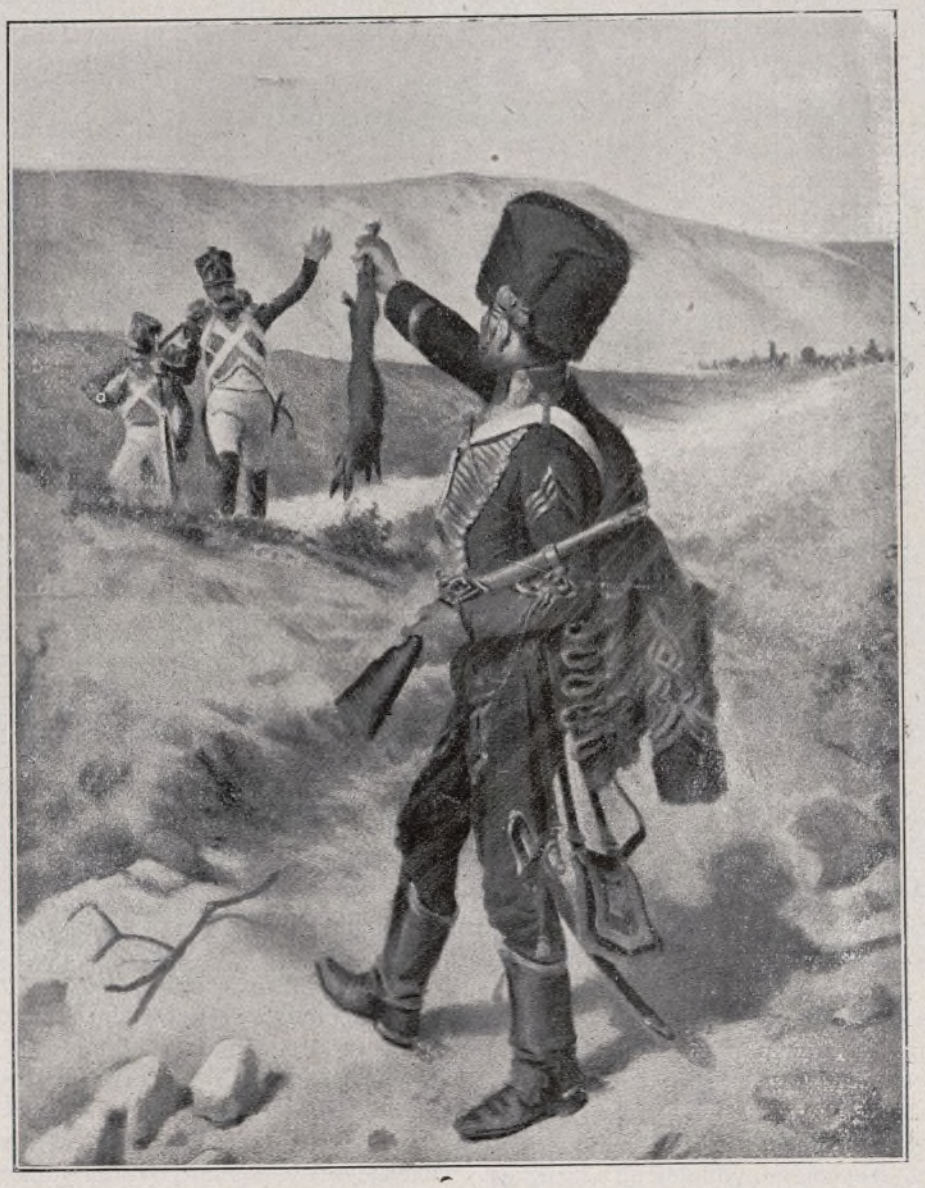
Las pasiones son los únicos oradores que persuaden siempre. Son como un arte de la Naturaleza, cuyas reglas no pueden fallar. El hombre más tosco, si tiene una pasión, persuade mejor que el más elocuente, si no la tiene.

***

Las pasiones llevan en sí una justicia y un propio interés que hacen peligroso seguirlas y que incitan a desconfiar de ellas, hasta cuando parecen más razonables.

Ayuntamiento de Madrid

PÁGINA DE ARTE



PRISIONERO DE GUERRA. (Cuadro de FERNANDO FERNANDEZ de la MOTA)

Ayuntamiento de Madrid

Problemas de la aviación

LOS INCENDIOS EN LOS GLOBOS

Todos los años, los aeronáutas de globos libres se disputan la clásica «Copa Gordon-Bennet» que se concede al piloto que verifique el más largo trayecto en aerostato sin motor; la prueba, al año siguiente, tiene lugar en el país del vencedor. Habiendo sido ganada la Copa, el año último, por un belga, es en Bruselas en donde este año, debían partir los concursantes.

El 23 de Septiembre salieron de este punto quince globos y en cada uno de éstos un piloto y un pasajero, representando a las siguientes naciones: Inglaterra, Bélgica, Estados Unidos, Francia, Suiza y España. Pero un incidente trágico vino a enturbiar esta prueba tan interesante. Tres globos fueron heridos por el rayo en plena atmósfera: uno español, uno suizo y uno americano. De los seis aeronáutas que los dirigían, cinco fueron muertos y el resto gravemente herido. Y como si la electricidad de la tierra hubiera querido mostrarse a la altura de la del cielo, un cuarto globo, el español «Esferio», al tomar tierra en Holanda tropezó con un cable eléctrico de alta tensión y sus dos viajeros fueron gravemente heridos.

Esta espantosa catástrofe atrajo la atención general en el momento en que la navegación aérea por globos dirigibles iba tomando cada vez más extensión y cuando el aeronave francés «Dixmude» acababa de alcanzar el éxito de mantenerse ciento veinte horas en el aire, sin tocar el cielo. Es pues interesante buscar las del accidente.

Desde luego—se sabe—hay electricidad en la atmósfera. Este es el principio incontestable e incontestado que hay que señalar desde luego. La existencia de las tormentas, las manifestaciones del relámpago, del trueno y del rayo, tienen una demostración familiar. Pero fuera de estos fenómenos intensivos, se puede también demostrar la existencia permanente de un estado eléctrico de la atmósfera. Así, con la ayuda de un electrómetro sensible, del que uno de los polos está en comunicación con un cuerpo conductor terminado en punta y que se le va elevando gradualmente del suelo, se puede comprobar, en tiempo normal, que la diferencia de potencial, o si se quiere, la «tensión eléctrica» del aire aumenta cerca de 150 voltios, cuando se eleva a un metro en la atmósfera. Recordemos, a este propósito, que existe entre los dos polos de un acumulador de tipo corriente una *tensión* (o diferencia de potencial) de 2 voltios. Una elevación de un metro en el aire equivale, pues, bajo el punto de vista eléctrico, a realizar la tensión de una batería de 75 acumuladores de plomo.

En 10 metros de elevación tendremos una diferencia de potencial correspondiente a 1.500 voltios: esto puede ser suficiente para producir una *chispa* importante: y esta consideración es grave en el caso de los dirigibles de tipo Zepelín, formados de una envoltura interior de tubo de aluminio. Sus dimensiones en sentido vertical, son de más de 20 metros, es decir, que corresponden a una tensión de 3.000 voltios. Por otra parte esta envoltura metálica, buena conductora de la electricidad, constituye por sí misma «un camino de menor resistencia» con tendencia a recogerla. Si en estas condiciones, en esta envoltura hay una interrupción, un intervalo o algo anormal, la chispa se produce incendiando el hidrógeno del aeronave.

Durante la última guerra, más de 50 zepelines alemanes han sido destruídos por incendios provocados por la electricidad atmosférica. Y después de la guerra, todo el mundo recuerda la destrucción de un dirigible inglés, herido por el rayo en el mes de Julio de 1919.

Así los dirigibles de tipo rígido con envoltura interior, están particularmente expuestos al peligro de la electricidad atmosférica, aun cuando no esté el tiempo de tormenta.

Cuando este está tormentoso, en el estado de nubes cargadas, obscureciendo la atmósfera, es mayor todavía el peligro. Cuando un cuerpo en estado neutro, como un dirigible o un simple globo esférico, se pone a su contacto, su electricidad es descompuesta por la influencia de la nube. Y la chispa surge entre las electricidades contrarias, amenazando con el incendio al globo o aerostato que se arriesga en el aire.

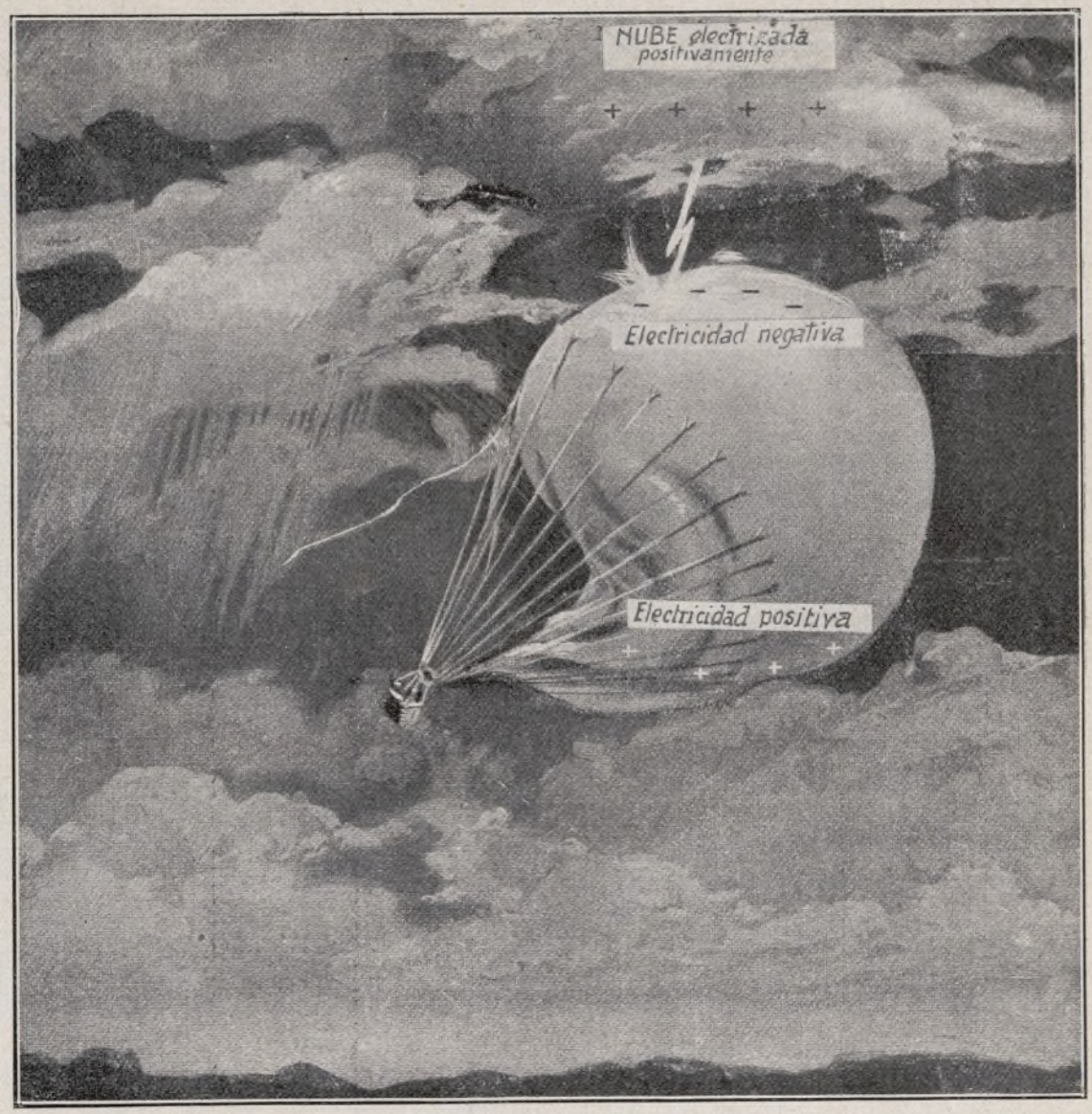
Esto es lo que se supone ha sucedido al disputarse la Copa Gordon-Bennet de Bruselas.

¿No hay medios de soslayar estos peligros bastante graves para la navegación aérea por aerostatos inflados de gas?

Desde luego hay la observación de las *previsiones metereológicas.*

En el caso de la copa Gordon-Bennet, éstas

Ayuntamiento de Madrid



El rayo incendia un globo.—En presencia de una nube electrizada positivamente, la electricidad neutra del globo se encuentra descompuesta. La electricidad contraria a la de la nube (electricidad negativa) es atraída por ésta. La positiva es repelida a gran disiancia. Si la distancia entre la nube y el globo disminuve suficientemente, las electricidades contrarias se combinan produciendo una chispa, que puede incendiar el globo.

han sido establecidas con el más grande cuidado por el Instituto Real Metereológico de Bélgica.

Se suministraron *cartas de tiempo*, pronósticos relativos a los vientos, no solamente los de vecindad al sol, sino de altura. Las previsiones metereológicas, los avisos dados, anunciaban grandes tormentas. La realidad ha venido a sorprender trágicamente a los concursantes de las pruebas del 23 de Septiembre, quienes por sport, por amor propio o por heroismo, no renunciaron al concurso.

El empleo del helio

Hay un medio de librar del incendio a los aerostatos o globos llenos de un gas más ligero que el aire; todo consiste en llenarles de un gas más ligero que el aire atmosférico e ininflamable, requisitos que no reunen el hidrógeno ni el gas del alumbrado.

Este gas existe: el *helio*. Fué descubierto por Jansseu, en un análisis espectral de la «corona» solar, durante el eclipse total de 1872, de donde

Ayuntamiento de Madrid

viene su nombre (*helios*, sol en griego). Después se ha encontrado este helio en la tierra, y el profesor Moureu, el ilustre químico que ha dado su nombre a la ciencia, con el estudio de los «gases raros» de la atmósfera, ha hecho de este gas un estudio especial. Se encuentra el helio en los grisús de las minas, en los filones petrolíferos y en las emanaciones de las fuentes termales.

Aplicando los métodos curiosos de liquefacción del gas, dados por Georges Claudo, los americanos, hacia el fin de la guerra, llegaron a obtener el helio en cantidad suficiente para inflar un dirigible rígido, pero su precio es muy elevado: en 1919 costaba 30 francos el metro cúbico.

Es la solución para los dirigibles, sin embargo. El helio pesa, a volumen igual, el doble que el hidrógeno; es siete veces menos que el aire atmosférico y, por otro lado, es absolutamente incombustible.

Si se persiste en la vida de los globos dirigibles, sobre todo en los de grandes dimensiones, será necesario llegar a llenarles de helio, a fin de suprimir los peligros de incendio que puedan sobrevenir de la electricidad atmosférica.

Los sabios no trabajan en vano

Cuando an 1872, Janssen, por la aparición de una raya nueva en el espectro solar, observado en el curso de un eclipse, descubrió la existencia de un cuerpo nuevo en la atmósfera solar, se hubiera quedado sorprendido al anunciarle que cincuenta años más tarde este cuerpo sería el elemento salvador de los globos, haciéndoles insensibles a los efectos del rayo.

Saquemos de ello la siguiente conclusión: jamás una investigación científica concienzuda, ha sido hecha en vano.

Cierto que algunas veces hace sonreir la meticulosidad de los sabios que, en apariencia, pierden su tiempo en «cortar un cabello en cuatro». Pero un día surge la aplicación, prodigiosa, inesperada y sorprendente; ella reparte sus bienes a la humanidad o sirve, siguiendos instintos feroces, para la destrucción de la humanidad, en el arte de la guerra.

Pero de esta última utilización no son responsables los sabios y hombres de ciencia.

LA ROCA

(FACETA)

En un rincón del mundo, apartado de todo camino, lejano de todo poblado, hay un valle agreste. Entre las colinas que lo circundan se eleva una montaña, solitaria como la pobreza, desmedida como el orgullo de los hombres. Casi al pie de esa montaña, hay un peñasco enorme, que se sostiene por un milagro de equilibrio; debajo del peñasco la boca de una cueva, y, al caer de aquella tarde bochornosa de Agosto, de pie, mirando al valle, en la entrada de la caverna, un hombre.

Aquel hombre ha huído del comercio de sus semejantes. Hijo de la Naturaleza, ha vuelto a ella, ulcerada el alma, embrutecida por el dolor la inteligencia, que un día fuera muy poderosa. Los frutos y las raíces de los árboles y arbustos bastan para su sustento; la caverna le sirve de habitación. Apartado del mundo, no quiere contacto con él. egoismo feroz le domina.

Las nubes se amontonan sobre el valle, salvando la barrera de las colinas, unas a otras se empujan, forman apretadas masas, chocan y se apartan, para volver a chocar de nuevo. La tempestad se acerca, y con ella su trágico cortejo de horrores. Sus primeros rugidos hacen estremecer montes y collados, valle y colinas. La luz cárdena de los relámpagos deslumbra al hombre solitario. Un torrente que nace muy lejos, aumenta su caudal, enrojece sus aguas, como si llevara la sangre de los crímenes que comete la humanidad.

Un miserable, que ha perdido la ruta de la vida, marcha a través del valle, huye de la tormenta que se acerca. Sus ojos han divisado la boca de la cueva, y a ella se dirigen sus pasos.

—El cansancio me rinde, la tempestad me amenaza la Naturaleza me niega asilo. Comparte conmigo el tuyo, hombre y harás una obra de caridad.

—Anda más, atraviesa la montaña, y en la opuesta ladera hallarás refugio y auxilio.

—No puedo; sangran mis pies y jadea mi pecho. A tí te sobra sitio. Deja que descanse en esta morada que para asilo de los hombres abrió bajo esta roca la Naturaleza.

El egoísta le mira duramente, y con un gesto de suprema amenaza, de esa amenaza que precede a la muerte, le señala hacia lo alto de la montaña, y le dice:

—¡Anda!

El miserable emprende la tremenda ascensión. Gotas gruesas y calientes como si fueran de sangre, se desprenden de las nubes. El desdichado sube aprisa, y sangran sus pies y anhela su pecho. El egoísta le mira subir sin remordimientos y sin compasión.

De repente, el infeliz tropieza con una roca que desgarra sus carnes al choque. Pero, mal afianzada en su alvéolo, se desprende de él, y rueda montaña abajo. acelerando a cada momento la velocidad de su caída, Rueda con espantable ruído, rueda con ímpetu indecible. Ya no es piedra, es alúd formidable de incontenible empuje. ¿Por qué se pára de repente? Es que ha chocado contra el ingente peñasco, y el peñasco oscila y se desgaja y cae con temeroso ruído, aplastando al egoísta y cerrando la boca de la cueva.

El castigo se ha cumplido. El egoísta, que negó un sitió en su morada al infeliz descarriado, ha perdido con la morada la vida.

¡Guay de los egoístas! Aún quedan peñascos y peñascales. Y algún día caerán, al impulso de una piedra.

Ayuntamiento de Madrid

UN EJEMPLO DE ENERGIA

Un hombre solo atraviesa el Atlántico en un débil velero

Partir, es morir, casi. ¿Pero qué decir del que parte en una débil embarcación, a merced del viento, para un raid de 6000 kilómetros?

Atravesar o perderse: tal era el problema que tenía que resolver el heroico Gerbault. El venció todas las mayores y más atroces dificultades. Y al tomar tierra en la costa americana, tembloroso todavía de la fiebre, debilitado con los ojos brillantes, sus primeras palabras fueron:

«La Providencia no me ha abandonado nunca. Ahora tengo intención de hacer alrededor del mundo un viaje de unos tres años».

Todo el carácter del navegante está en esta frase: la confianza en Dios, la energía, el valor indomable.

Yo he tenido el placer de vivir en escuadrilla, durante algunos meses, con Gerbault, durante la guerra.

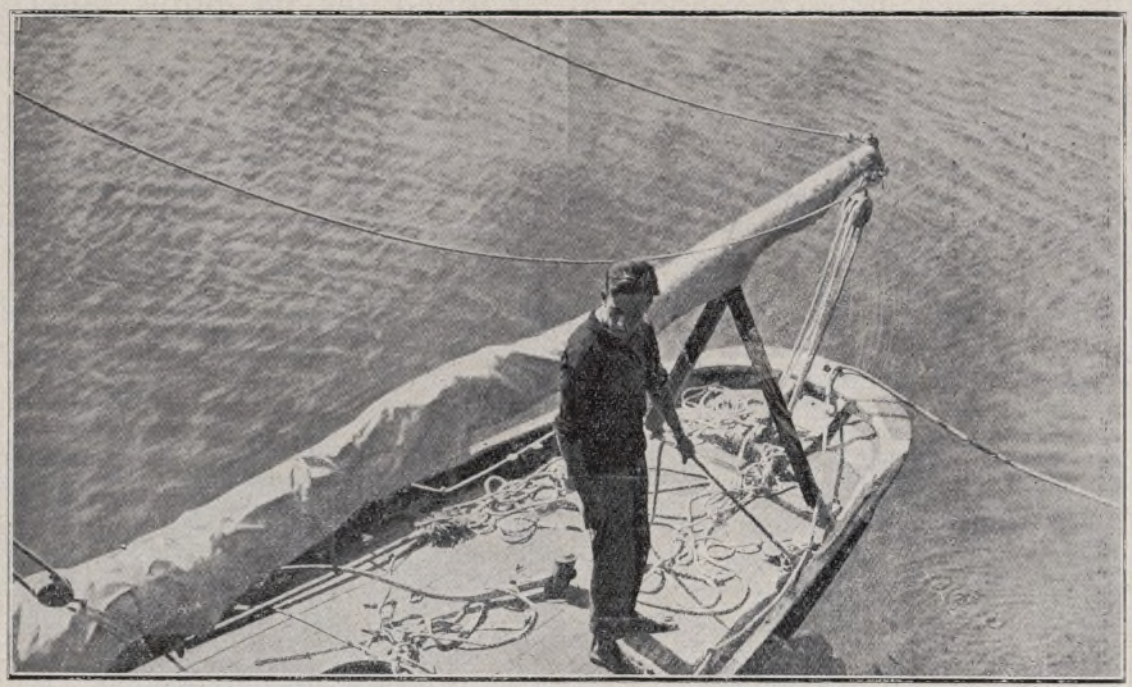
Este muchacho, delgado pero con músculos de acero, taciturno, de sonrisa desdeñosa y lleno de delicadeza. con mirada profunda, era un enigma viviente.

Hablaba muy poco. Parecía vivir otra vida que nosotros. Algunos creían que despreciaba a sus camaradas. Otros se burlaban de él. Y a mí me intrigaba. Al principio yo estaba sorprendido de esa indiferencia, que se asemejaba a insolencia. En las conversaciones comunes noté que, en lo que hablaba, siempre dicho con justeza, había reflexiones que probaban una alta cultura. Poco a poco fuí uniéndome más a él: pero siempre estaba sumergido en sus libros. Su lectura era escogida: Edgar Poá, Keats, de Shelley, de Baudolaire, de Verlaine y obras consagradas a la navegación o a la metereología.

He aquí al aviador Gerbault haciendo los preparativos en su velero para emprender la audaz travesía con la cual ha maravillado al mundo.

A poco experimentó un gran disgusto: su madre murió. Ninguna ostentación en el sentimiento. Gerbault había decidido no aprovechar ningún día de permiso. Su turno le hacía correr en beneficio de los camaradas. Como yo acababa de experimentar también la pérdida de mi madre, se formó entre nosotros un lazo de lágrimas. Pero nuestras conversaciones no fueron largas nunca. Me sirvieron, sin embargo, para estudiar bien el carácter de Gerbault y admirar en él la bondad. Jamás le oí proferir la menor crítica contra las órdenes dadas y el material empleado, ni discutir el éxito en el curso de sus correrías aéreas. Se contentaba en explicar lo que había hecho y no afirmaba jamás haber tenido un éxito.

Ayuntamiento de Madrid



El final de una epopeya.—Gerbault, el valiente aviador ha lanzado su cuerda de amarre al llegar a New-York, después de una travesía heroica, desde Niza y Gibraltar, por el Atlántico, completamente solo en el velero de ocho toneladas, *Firecrest*.

Aviador de caza el poseía una virtud silenciosa, por así decir. Lograba las acrobacias más notables, y con una sencillez tal que producía admiración. Todos reconocían su valor. Cualquiera que fuera la comisión que se le confiara, la aceptaba sin reflexionar, se dirigía hacia su aparato montaba y escalaba las nubes. En cambio poseía defectos que no le eran perdonados por sus superiores, no ocultaba su manera de pensar, cuando veía cometerse alguna injusticia o algún error y era de un carácter independiente y raro. Así dejábasele para el avance y sus demandas de ir a un sector animado quedaban sin respuesta.

Terminada la guerra, Gerbault continuó sus estudios de navegación y anunció a sus íntimos su deseo de atravesar el Atlántico en un velero. Volvió a sus deportes favoritos, entre los cuales ocupaba el primer lugar el *tennis*. Este juego le agradaba por él mismo, no por las mundanidades que le rodea, ya que es el favorito de gentes aristócratas y elegantes. Jugaba de una manera notable, ganando en varios torneos de la Costa Azul y disputándose con Albarrán el campeonato del mundo de 1921. Pero lo mismo que cuando era piloto, se contentaba con ser una estrella de segundo orden.

Se le ha presentado como un neurasténico y algunos han insinuado que un disgusto de amor le impulsó a hacer el viaje en que tanta gloria ha alcanzado. Los que no comprenden el valor ponen un maligno placer en aminorar el de los demás. En realidad: desde su más tierna infancia se dedicó a la navegación y desde hacía mucho tiempo preparaba la travesía del Atlántico. No se parte para América en un velero como el que toma un ferrocarril para ir a algún punto. Es preciso una preparación de algunos años.

Absorbido por los estudios múltiples para una empresa de una tal magnitud, no hablaba de ella a sus amigos. Tan sólo se confiaba a sus más íntimos amigos los campeones de tennis Suzanne Lenglen y Pedro Albarrán.

Hablaba de sus proyectos con una ironía tal, que se dudaba si serían verdad.

Se puede declarar que el día que embarcó para la gran aventura no dejó nada a la casualidad y lo preparó todo minuciosa y concienzudamente. No era el gesto del buzo que se sumerge y se lanza cerrando los ojos, «a la gracia de Dios»; ni era la admirable temeridad de un Garros lanzándose por encima del Mediterráneo o de Alcock y Browne por encima del Atlántico. Estos maravillosos pilotos tentaban lo imposible: la menor panne, era la muerte.

Ayuntamiento de Madrid

Gerbault sabía las traiciones del Océano y salía que iba para un viaje de sesenta a cien días. Durante tres meses, estaría solo entre el cielo y las olas, entregado a las intemperies y a los caprichos de la ola pérfida. No ignoraba los suplicios de la soledad. Así, pues, conocía los riesgos que iba a correr.

A Pedro Albarrán que le disuadía del viaje, por considerarlo como un suicidio, le contestaba con calma y placidez.

—Tú comprenderás que en caso de tempestad yo me ataré a mi mástil con una cuerda y si soy empujado al mar por una ola, este es el medio práctico de salvarme.

Reflexionó largo tiempo sobre la embarcación que adoptaría, decidiéndose al fin, por un velero de diez metros de largo, de ocho toneladas y construído en Inglaterra hacía unos treinta años, al que le dió el nombre de *Firecrest.*

Estudió la alimentación que le sería necesaria en la travesía. Era preciso que no faltara nada, pero sin cargar demasiado el navío. Llevó vaca en conserva, leche condensada, té, azucar, bizcochos de mar, y una importante provisión de agua destilada.

Como entrenamiento efectuó el recorrido de Niza a Gibraltar. Salió de la Costa Azul el 30 de Abril y se dirigió al puerto inglés, donde llegó a las tres semanas, después de un viaje muy duro y muy penoso. Su barco fué víctima de importantes averías que reparó en Gibraltar.

Otro hubiera desistido con esta primer tentativa de sus proyectos, pero él estaba más firmemente decidido a atravesar el Océano y el 6 de Junio deja a Gibraltar, entregándose a las olas, a bordo lleva como sus compañeros, sus libros favoritos franceses e ingleses. Esto para alimentación del espíritu; para la del cuerpo llevaba algunos utensilios de cocina.

Durante ciento dos días y ciento dos noches fué solo sobre la inensa extensión moviente sin encontrar alma viva, sin ver un rostro humano y sin cambiar una palabra con nadie. Tres meses de un prodigioso esfuerzo durante noche y día, sin oir más que la canción monótoma o el clamor del mar. Tres meses de formidable tenacidad ante el espectáculo del infinito.

Durante algunos días recorrió 1.200 millas sin incidente, o sea más de la tercera parte de la travesía. El piloto se entretuvo en pescar en leer y en traducir novelas de Rudyard Kipulg.

Pero un tal estado atmosférico no podía durar. Gerbault se encuentra por fin en el centro de una depresión ciclónica. Dos semanas de tempestad, de huracanes, de calor tórrido: una lluvia de calor torrencial, le obliga un día a desnudarse completamente para poder soportarla. Durante dos días, en un estado inconsciente, el delira en su velero, entregado completamente a las olas, sin rumbo o dirección. Poco a poco renace a la vida, sin poder ocuparse de su persona. El *Firecrest* reclama sus cuidados, dos velas han sido rotas en el curso de esta danza sobre las olas encrespadas.

Con una extraordinaria entereza, el navegante,

En la rada de New-York.—Alain Gerbault, héroe de la guerra, ha adquirido un nuevo título de gloria atravesando el Atlántico en un débil velero. Durante 3.200 millas, o sean cerca de 6.000 kilómetros, estuvo entre cielo y agua a bordo del *Firecrest,* de ocho toneladas. Desde Niza fué a Gibraltar y desde este puerto inglés, marchó el día 6 de Junio, con rumbo a lo desconocido. El 14 de Septiembre ancló en Fort-Totten (Long-Island) y al día siguiente hizo su entrada triunfal en New-York. Este titánico viaje de más de tres meses, durante el cual el viajero se encontró en las más grandes dificultades y en los más terribles peligros, ha revelado al mundo entero un nuevo ejemplo de energía, de resistencia física y de valor.

Ayuntamiento de Madrid

todavía minado por la fiebre, reacciona y toma fuerzas para proceder a la obra de reparación. Arregla los desperfectos causados a bordo e indaga la posición del barco, va a recomenzar la vida del marino.

A menudo Gerbault pasaba dos o tres noches sin poder dormir. En ciento dos días de travesía, tuvo veintiseis de huracán rabioso, cuyas olas de diez a quince metros de altura inundaban la minúscula cabina, arrasando cuanto encontraban.

Después resistió el suplicio de la sed. Rodeado de agua, no tenía la necesaria para beber. Esperaba la lluvia para recogerla en recipientes, la reclamaba, la pedía con súplicas. Reaparecía la fiebre minando sus facultades para poder triunfar en el increible combate con la naturaleza.

En tres meses no ha encontrado alma viviente. Tiene la impresión de ser el único que ha escapado del fin del mundo. Sufre. Llega a tener alucinaciones al escrutar el horizonte.

El día 5 de Septiembre por fin ve una figura conocida. No se trata de una alucinación ni espejismo. La figura crece y viene hacia el Firecrest; es un navío, el Biron, de nacionalidad griega. El capitán le ofrece sus servicios. Al no ver más que uno solo a bordo, le pregunta:

—¿Habéis perdido los compañeros en el curso de la tempestad?

—No; he estado siempre solo—le contestó.

Estupefacción del viejo lobo de mar, que apenas podía creer tal valor.

—¿Donde estoy yo exactamente? interrogó Gerbault.

—Todavía a 350 kilómetros de América...

—Nosotros os llevaremos a remolque ¿quereis?

—Gracias—contestó. Quiero terminar el viaje solo.

—No penséis en eso. Son muchos los peligros en que os podeis encontrar. Los que habeis sufrido ¿no son suficientes acaso?

—Por eso mismo, no hay ninguna razón para creer que no triunfe de los demás.

—Teneís razón. No puedo obligaros. Pero ¿al menos no puedo seros útil en algo?

—Sí—respondió Gerbault—dadme, si os es posible, agua fresca, quinina y algunos víveres.

He aquí un rasgo magnífico de bravura y de heroismo.

Los últimos días, antes del arribo a América, fueron todavía terribles para el piloto, pero la proximidad a tierra reanimaba su espíritu y le daba fuerzas de ánimo. Maniobra con ardor. Espera todos los días distinguir a lo lejos las costas que persigue desde hacía cien días. No duerme. Por fin el 14 de Septiembre llega a Yort-Totten (Long-Island) después de ochenta horas de insomnio.

A las preguntas que se le dirige, al llegar a tierra, serenamente contesta:

—Aparte del agotamiento del agua dulce para beber, el viaje ha sido ideal. La Providencia no me ha abandonado. Me afirmo en la intención de dar la vuelta al mundo en tres años.

En este acto de valor y de coraje, Gerbault ha ganado el Gran Premio de la Academia francesa de deportes y ha logrado la admiración de sus compatriotas y del mundo entero.

CURIOSIDADES

Próximo a morir Jacobo V, rey de Escocia, anunciáronle los cortesanos qne le rodeaban el nacimiento de su hija María Estuardo. Al oirlo. movió tristemente la cabeza, y exclamó:

—La dinastía que empieza por hija, por hija desaparece.

Esta predicción se cumplió, pues aunque es cierto que María no fué la última soberana de su raza, de su reinado datan las causas que produjeron la caída de su dinastía.

* *
*

Habiendo vacado una vez en tiempo de Luís XV el Gobierno de Berbí, acudió una multitud de competidores a solicitar el apoyo de la condesa Dubarry, y ésta los convidó a todos a comer en Marly, donde había establecido entonces su corte.

Después del banquete se presentó el rey, y bajaron todos al jardín.

Como iba languideciendo la conversación, dijo la condesa a sus convidados:

—Señores, coged mariposas.

Al oir esto, todos se afanan, se sofocan, y cada uno de ellos trajo un tributo de su caza.

Uno solo permaneció lejos de la favorita, y habiendo cogido una hermosa mariposa, la colocó en el centro de un papel, en cuyo alrededor había escrito con un lápiz las siguientes palabras:

—Es el rey de las mariposas; la Dubarry se fijará en ella.

Esta mujer, aunque de poca delicadeza, comprendió la alusión, y quedó tan complacida como su augusto amante, y el adulador consiguió el gobierno de una gran provincia.

Ayuntamiento de Madrid

AMOR INFIEL

Sra. D.ª Cerila
Lactanciosa y Quintanilla
(que sirve de ama de cría)
Chacel, 22
MELILLA.

Ras-Tikermín, 10 de Octubre, (por las sobras a juzgar), pues las cobré hace dos días, si es que no recuerdo mal

Mi más querida Cerila:
con esta tres cartas van
y tu haciéndote la sueca
y sin querer contestar.
Pero ante todo, Cerila,
que no tengas novedaz
como en todas te deseo;
la salú es lo prencipal.
De güena tinta he sabío
que no tienes dengún mal
que te aqueje, que te impida
el poderme contestar.
También de muy güena tinta
m'enterao por un casual
que en la plaza le haces cara
a un asistente; a Roldán.
Y entre Roldán y este cura
que te quiere por demás
hay una gran diferencia,
y lo dicho, a misa va.
¿Quién es Roldán? Un pelanas.
¿Qué tiene en su casa? ¡Ná!
Ha venío a la melicia
por pura nesecidaz.
Mientras que yo, tú lo sabes,
si de cota no soy ya
es porque yo no he querío
a mi padre hacer gastar.
Porque que me guarde
las pesetas, so alelá,
pa tener si nos casamos
algo de comodidaz.
Ni siquiá pan y cebolla
te va a dar a tí Roldán
y como no tié prencipios
guantás si que te dará.
Además es nalfabeto
y no sabe deletrar
y no te podrá escrebir
cuando estés d'el alejá.
Porque figúrate tú
que hiciera una charraná,
pues iba enseguida al campo
con sus güesos a parar.
Lo menos tú te has creído
que es asistente Roldán
porque tié merecimientos;
¡recomendación na más!
Si no me hartaran los críos
(y esta es la pura verdaz)
yo estaría de asistente
en casa del Capitán.
Y ahora vamos a lo físico;
¿es que serías capaz
de ofenderme comparándome
con esa rata pelá?
Un hombre que lo han tenío
varias veces que tallar
y no se ha librao por corto
por una casolidaz.
Y que al hecharle el decímetro
y medirle el pectoral
en el botiquín, el médico,
andaba así ras con ras.
¿Ese es el hombre Cerila
con quien te quieres casar?
al pensarlo me figuro
que no estás en tu cabal.
Yo en cambio soy un buen mozo,
eso no lo pués negar
y si no soy gastaor
es que del paso ando mal.
Pero el día que yo pesque
de la música el compás
en la escuadra e gastaores
has de verme desfilar
Y entonces serán los llantos,
la comparanza vendrá
y te caerás de la burra
y verás la realidaz.
Recapacita, Cerila
que cual las gallinas, vas
al hecharte trigo puro
a la basura a picar.
Perdona la comparanza
pero merecida está
al pensar que por un sapo
has olvidao, a tu

JUAN.

Por la indiscrección,

EDUARDO MATEO ALFARO.

Ayuntamiento de Madrid

COSAS DE LA VIDA

CUENTO DIALOGADO

POR

ENRIQUE ALVEAR

Habitación lujosamente amueblada y decorada. A derecha e izquierda puertas practicables. Al fondo ventanal sobre un jardín

ESCENA PRIMERA

CONSUELO.—Sí hijita ,es conveniente que salga esa mujer de tu casa...

CLARITA.—¿Estás segura de cuanto dices?

CONSUELO.—¡Por Dios, Clarita! ¿Crees que si no lo estuviera, si no fuese una seguridad absoluta la que tengo, te hubiera dicho una palabra? Juana será, como dices, una mujer buena, deseosa siempre de complacerte, desviviéndose por servirte y ser útil; pero no olvides su vida pasada, una vida muy alegre ¡demasiado alegre! Hasta cuentan que estuvo en una casa... de esas. Sólo intento advertirte. Bien sabes cómo se comenta y se interpreta todo.

CLARITA.—Comprendo la razón de cuanto me dices; es más, estoy dispuesta a despedirla, pero ¡me da una lástima! Es tan callada, tan sumisa, tan dispuesta. ¡Es tan difícil encontra una buena doncella!

CONSUELO.—Por eso no te apures. Casualmente conozco una muchacha que ha de servirte admirablemente. Estaba en casa de Ramona Sangil; pero, hijita, la pobre muchacha dice que no ha conocido una señora más inaguantable. (*Pausa*). Si quieres, mañana mismo te la mando.

CLARITA.—Cuando quieras, siendo recomendada tuya.

CONSUELO.—¿Y tu marido? Hace ya no sé el tiempo que no lo veo.

CLARITA.—*(Con desdén).* Trabajando, como él dice. Se pasa la vida fuera de casa. Unas veces de montería, otras cuidando las fincas, otras... no sé cómo.

CONSUELO.—*(Con lástima).* ¡Pobre muchacha ¡Tan joven, tan guapa y siempre sola.

CLARITA.—Pues créeme, Consuelo. Esta soledad, que para otra mujer sería muy triste, es mi única alegría. Cuando estoy lejos de él, es cuando únicamente soy feliz. Es un hombre áspero, duro, sin corazón. Llevamos poco más de un año casados y hemos vivído juntos tres o cuatro meses. Casi al día siguiente de la boda comprendí que no podía ser feliz con él. Es demasiado materialista, un hambriento insaciable de dinero. Yo soy idealista, quizá un poco romántica, así, que figúrate mi decepción, viendo que sólo sabía hablarme de negocios de Bolsa, de la subida del papel, de ferrocarriles y de no sé cuántas cosas, que ni me interesan ni me importan. Ni uno ni otro podemos ser feliz.

CONSUELO.—Entonces ¿por qué te casaste?

CLARITA.—Eso pienso yo. ¿Por qué me casé? *(Pausa).*

CONSUELO.—¿A que no aciertas a quién ví esta mañana?

CLARITA.—*(Con interés* No sé)..

CONSUELO.—*(Observando el efecto que han de producir sus palabras).* A Manolo. Lo encontré en la Puerta del Sol y vino acompañándome hasta casa. Fuímos todo el tiempo hablando de tí. ¡Ese sí que te quiere! Tú, en cambio, ¡qué mal te portaste con él! ¡Hubiéseis sido tan felices! ¡Tu primer novio! ¡Tu novio de siempre! Te pusiste en relaciones en mi boda. Eras una chiquilla, ¿te acuerdas?

CLARITA.—(*Con entusiasmo*). ¡Qué feliz era entonces!

CONSUELO.—Debiste casarte con él.

Ayuntamiento de Madrid

CLARITA.—(*Con convicción*). Tienes razón.

CONSUELO.—¿Y por qué no lo hiciste?

CLARITA.—¡Porque me quería demasiado!

CONSUELO.—(*Sorprendida*). ¡Porque te quería! Sí que es raro!

CLARITA.—Te contaré lo que entonces pasó por mí, y verás cómo tengo razón... Manolo me quería con toda su alma, yo lo sabía, y lo sé, y por quererme tanto, por ser mío todo su cariño ¡sólo mío! no le di el valor que aquel amor representaba. Como lo había tenido siempre y nunca había sentido necesidad de que me quisieran, creí no sería tan necesario para vivir, querer y ser querido. Por otra parte, mis padres, hablándome siempre de lo difícil que es la vida, de que con Manolo nunca sería feliz, y no sé cuántas cosas, llegaron a hacerme pensar de otra manera, a ver las cosas como ellos las veían, y preferí casarme con un hombre que me ofrecía joyas, trapos, automóviles y eso que llaman consideración social, pero que nada dió a mi alma. (*Con tristeza*). ¡Entonces comprendí que había dejado escapar la felicidad.

Pausa.

CONSUELO.—Es natural; comprendo que no puedas olvidarlo; ¡fué tu primer amor!

CLARITA.—¡Mi único amor!

CONSUELO.—Después de tu boda ¿le has hablado alguna vez?

CLARITA.—Nos queremos con toda el alma. Es lo único que puedo decirte.

CONSUELO.—¡Por Dios, Clarita! ¡Si tu marido se enterase!

CLARITA.—Algunas veces lo he deseado; pero descuida, no se enterará. Tú sola lo sabes.

CONSUELO.—¿Pero cómo te has atrevido?...

CLARITA.—Ya te he dicho: es mi único amor; figúrate de qué no seré capaz por conservalo. (*Pausa*). Al principio tuve miedo, luché con todas mis fuerzas por arrancarlo; pero hubiese necesitado arrancarme el alma también. Además, la indiferencias de mi marido, su falta de amor, me obligaron a buscarlo fuera. Yo necesitaba cariño, ¡mucho cariño!, que me hablasen de amor, y él, como te decía, sólo me hablaba de negocios.

CONSUELO.—(*Muy acalorada*). Verdaderamente, en la mitad de estos casos, la culpa es de los hombres. ¿A quién se le ocurre, con una mujer tan bonita, pasarse la vida cazando ciervos? Así ocurren con tanta frecuencia eso que llaman accidentes de caza. (*Con curiosidad*). Cuéntame, cuéntame; ¿os véis con frecuencia?

CLARITA.—Ahora, como estoy sola, casi todos los días. Esta tarde lo espero.

CONSUELO.—Entonces me marcho. No quiero estorbar.—(*Confidencial*). Hijita, mucha prudencia; la gente es muy mala. Si puedo esta noche te mandaré la doncella.

CLARITA.—¿Vendrás mañana?

CONSUELO.—No faltaré; descuida. Quiero me cuentes todo eso. Estas cosas me interesan muchísimo; además puedo aconsejarte muy bien. (*Besándose.*) Adiós monísima.

ESCENA SEGUNDA

CLARITA.—(*Llamando al timbre.* CRIADO *desde la puerta.*).—Avise a Juana. (*Sale el* CRIADO. CLARITA *se sienta.*)

JUANA.—(*Desde la puerta.*) ¿Desea algo la señora?

CLARITA.—Sí acércate. (*Después de una pausa. Decidiéndose al fin.*)—Mira, Juana. Estoy muy contenta de tí; pero he sabido ciertos antecedentes tuyos y, sintiéndolo mucho, tengo que despedirte.

JUANA.—(*Anonadada por las palabras de* CLARITA).—¿Y qué va a ser de mí, si la señora me echa de su casa? ¡Si supiese que llena de sufrimientos está mi vida! Tenga compasión de mí.

Ayuntamiento de Madrid

Salir de aquí es volver a caer, pues en ninguna parte querrán admitirme. ¡Es horrible! Tenga caridad. Yo quiero ser buena, ser honrada, Ayúdeme. Sálveme usted, señora, sálveme.

CLARITA.—Lo siento, créeme, pero no puedo. Esta es una casa muy decente, muy honrada, y, por tanto, no puedes continuar en ella. Tu vida pasada es una vergüenza que yo no puedo amparar. ¡Dios sabe qué dirían!

JUANA.—(*Con orgullo.*) Soy honrada, señora. Ni por vicio ni por dinero me entregué. Me dí toda a un hombre porque le quería con toda el alma. (*Con terneza.*) ¡Porque lo adoraba! (*Con pena.*) Después, su abandono y el hambre hicieron que prostituyese mi cuerpo, pero mi alma está limpia y pura como el día que me bautizaron.

CLARITA.—(*Agitada.*) ¡Márchate! ¡Márchate!

JUANA.—(*Arrodillándose ante ella.*) ¡Tenga lástima de mí! ¡Por compasión, por caridad!

CLARITA.—(*Levantándola.*) ¡No puedo! ¡No puedo!

ESCENA TERCERA

DICHOS Y MANOLO

MANOLO—¿Cómo está usted, Clara?

CLARITA.—(*Con alegría mal reprimida.* Bien, Manolo. Muy bien. (*A* JUANA.) Puedes marcharte. (JUANA *sale llorando.*)

MANOLO.—(*Abrazando a* CLARITA) Tenía hambre de mirarte. Me parecen siglos las horas cuando no te veo. ¡Soy tan feliz contigo!

CLARITA.—¿Me quieres mucho?

MANOLO.—(*Entusiasmado.*) ¡Con toda mi alma! ¿Y tú?

CLARITA.—¡Más todavía! (*Pausa*) ¿Tienes algún plan?

MANOLO.—Vamos a cenar juntos. En nuestro nidito. Verás que bien está con los muebles nuevos.

CLARITA.—Voy a vestirme. Me pondré el traje que a tí te gusta: el rosa. Enseguida iré allí. (*Con mimo.*) Que me esperes en la puerta, y que pienses en mí.

MANOLO.—¡Te quiero! (*Deteniéndola.*) Oye Clarita, ¿que le ocurre a Juana?

CLARITA.—Nada que la he despedido. He sabido por Consuelo Casturce que es una mujer de historia... ¡Una perdida! (*Desde la puerta.*) ¡Hasta enseguidita, cielo mío!

FIN

LA VENGANZA

(FACETA)

En un aduar cercano a Medina, nació un niño, hermoso como los serafines, más fuerte y bien templado que las hojas damasquinas. Mozo ya, las mujeres le devoraban con los ojos a través de sus velos, los hombres le temían, por la fuerza de su brazo y el temple de su corazón.

Hubo un villano que acusó a Hescham de una acción talmente fea que, lejos de la tribu, sin escucharle siquiera, le arrojaron al desierto. Sus mismos hermanos se alegraron de su desgracia, y Ebliéh, el envidioso, el malvado, se alegró de la definitiva desaparición del Elegido, del Fuerte.

Gescham tuvo el desierto por casa, las fronteras y chacales por compañeros, a los hombres por enemigos. Pero hubo algunos que, encantados de su trato y de su arrojo le eligieron por jefe. En breve espacio de tiempo apreció el número de sus parciales. La fama de su bondad y de sus acciones valerosas se extendió tanto, que sus hermanos sintieron haberle dejado calumniar, las mujeres no haberle defendido, Ebliéh haberle acusado. Y he aquí que un día, al frente de un gran golpe de partidarios, entra Hescham en el aduar donde naciera y pregunta por sus padres y hermanos y por Ebliéh, y le dicen que han huído al saber que se acercaba, temiendo su venganza. Al oirlo, envía jinetes en persecución de los fugitivos, y una vez capturados y en su presencia, cuando les vió temblar como las palmeras combatidas por el simún, les dijo así:

—Sin vuestro rigor—a sus padres,—sin tu asquerosa envidia—a Ebliéh,—aún ignoraría lo que es ser bueno y lo que es ser fuerte. Os perdono, —a sus hermanos;—a tí te doy esta bolsa—a Ebliéh;—Allah sea con vosotros.

Y antes que las mujeres hubiesen aparecido para contemplar el vencedor, espoleó éste a su yegua y se perdió en las inmensidades del desierto, como se pierden las almas en la inmensidad de la vida.

Ayuntamiento de Madrid

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

peculado tanto, que ahí está la única razón de la crisis.

Según Farfán, Iturbe había metido en la empresa cuanto poseía. Confiado en el éxito, llegó a comprometerse por cantidades superiores a su fortuna... Y era la ruina fatal, inevitable... ¡Y era una idea que animaba con un fulgor como de gloria el rostro cetrino del narrador! Se le afeó este gozo egoísta, se le llamó monstruo.

—Debieras tener otros sentimientos, que al fin se trata del padre de tu amada y de tu amada misma.

—¡Otros sentimientos!

Meditó un rato, como buscándolos, y al fin sacudió furiosamente la cabeza.

¡Que se hunda el mundo, pero que yo me salve!... ¡Y sólo así! ¡Sólo puedo salvarme así!

Porque aquello era su salvación, la única salvación posible. La riqueza, que en otras circunstancias hubiera despreciado, llegaba con una oportunidad verdaderamente enternecedora. Llegaba cuando ya Iturbe era otro, y de nuevo hundido tal vez no supiese levantarse. ¿Y creían a Estela capaz de acompañarle, resignada, en su ruina? ¡Hija del país, animalito de lujo que no concebía seguramente la vida sin joyas sobre su cuerpo y un automóvil por las tardes donde pasearlas, y por las noches, un palco desde el cual lucirlas! Si su padre no le daba todo esto, la creía muy capaz de decirle que no faltaría quien se lo diese. Pero lo que allí faltaba eran románticos capaces de casarse para ofrecerle la vida fastuosa y las joyas magníficas. Se las ofrecerían únicamente sin tan graves requisitos, y la hija de Iturbe era demasiado orgullosa para convertirse en la querida de nadie. Entonces, sin un alma heroica en alas de la cual pudiese renunciar a sus lujos, no le quedaría otro remedio que aceptarle a él por marido.

Dichoso con aquella esperanza, estuvo muy hablador durante toda la comida. El que Estela no le amase apenas le importaba. Ya le amaría cuando comenzase a conocerle, cuando viviese con él. ¡Con él, que por verla contenta sería capaz de ir a pescarle las perlas a Golconda y a buscar los diamantes arañando con sus uñas las tierras del Transvaal!

Después contó lances que le habían ocurrido, esbozó impresiones respecto al paisaje. Lo peor, lo más feo de aquella tierra, era el sitio donde habían ido a poner la capital. Pero, ¡qué maravillas por allá dentro! ¡Qué montañas, qué lagos, qué bosques! ¡Y vírgenes todavía algunas veces, y hasta, en ocasiones, con indios ignorantes, absolutamente ignorantes de la existencia de la civilización! Viajando por tales sitios, el español, aun el más bruto no podía menos de recordar cosas.

Y no un hombre como él, sino cualquier comerciante, cualquier viajante de comercio, se solidarizaba con sus antepasados, se sentía, en cierto modo, algo descubridor, algo conquistador...

Apenas servidos los postres se levantó Daniel.

—¿A dónde vas?

Estaba citado con Estela en el hipódromo, y quiso indicar otro sitio. No se atrevió. Temió que la mentira le delatase, que le encontrasen luego.

—Voy a las carreras.

—Pues, espérame, que voy también. Tengo el pálpito de que allí la veo.

Adelantó Daniel contrariado visiblemente, lle-

Ayuntamiento de Madrid

vando el presagio de no sabía qué gran desventura. Antes de salir, mientras Farfán cambiaba dinero en el mostrador, vino a aterrarle Trujillo:

—Ten cuidado. Si este hombre se entera, va a ocurrir una catástrofe.

—¿Si se entera de qué?

—¿Pero tú te crees que estamos ciegos? No confundas la discreción con otra cosa. No nos hagas tontos a todos...

Farfán, que se acercaba guardando los billetes en el bolsillo del pantalón, lo prendió del brazo.

—Tengo también el pálpito de que hoy ganamos. La fortuna es así. Nunca hace las cosas a medias.

La tarde, serena y dorada, le pareció la más deliciosa de su vida. Y en su radiante optimismo, feliz como nunca, hasta tuvo elogios para la ciudad.

—Bien mirado, esto no es tan feo como decimos. Es grande, repara, y en toda verdadera grandeza hay belleza siempre...

El hipódromo, enorme, embanderado, lleno de gente, le arrancó nuevas y efusivas alabanzas. Pero ya estaban ante la pizarra.

—¿Qué caballo te gusta?

—No tengo preferencias. El que quieras tú.

Había terminado una de las carreras, y la gente, apartándose de la valla, se echaba a pasear por delante de las tribunas. Era una feria de elegancias, de lujos, una exposición de mujeres bonitas y fastuosas. Farfán ya no se preocupó de elegir un caballo a quien dar el encargo de ganarle unos pesos. Se puso a mirar los grupos de gente, buscando la mujer que tanto amaba. Y a pesar de no verla, de retrasarse el deseado instante, siguió tan contento, tan satisfecho, con tal seguridad en la próxima dicha, que Daniel se sobresalió aun más.

—¡Cuando se entere!

Farfán, entretanto, examinaba la pizarra con atención y escrúpulo.

—Ese *Chacotón* me está intrigando. Creo que ha quedado muy bien, hace poco, en Lomas.

—Sí, eso dicen.

Contestó distraído, entregó automáticamente su dinero, sólo deseando que Estela no estuviese en el hipódromo. Farfán acabó por reparar en su preocupación.

—¿Te disgusta ese caballo? Pues tranquilízate, que si no gana te devuelvo la mitad.

No le dió otra explicación al fenómeno ni le concedió más importancia. Iba a comenzar la carrera del gran premio, aquella a la cual jugaba. Un bello sol de invierno realzaba el césped del limpio paisaje japonés extendido ante las tribunas, mientras un viento ágrio comenzaba a agitar las banderas y hacía que las mujeres se envolviesen en los abrigos. No tardaron en presentarse sobre la pista los campeones, nueve caballos esbeltos y ágiles que defilaron displicentemente ante el público. Miles de ojos los contemplaron atentos, escrutando, según Farfán, el destino pronto a decidirse entre los nueve. Y añadía, imitando al doctor Yáñez y su afición a las frases grandes y solemnes:

—¿Pero cómo descubrir, en esas frentes mudas, el signo del predestinado?

La inminencia de la hora alejó a los campeones hacia el lejano disco de los dos mil metros, donde en lento vaivén hicieron brillar al sol las casaquillas multicolores de los jockeys. En el público, a la febril nerviosidad por la adquisición de boletos sucedió la conquista de posiciones, y luego un murmullo de expectación inmensa y después un silencio casi angustioso. Acababa de sonar una campana señalando la gran hora de la tarde. A lo lejos, los nueve caballos dejaban de pasear, y muy pronto se los vió juntos, mezclados, confundidos, los brillantes colores de su piel y los de la

Ayuntamiento de Madrid

seda de su jockeys. La cinta que contenía la impaciencia del grupo cayó por fin, dejando en libertad a los campeones, que partieron en un torbellino, levantando a su paso leves volutas de polvo. A Farfán le pareció que su caballo estaba delante de todos, y gritó entusiasmado:

—¡Bravo, *Chacotón*!

Pero el polvo ya no se levantaba en volutas. Era una verdadera nube rodando con el grupo, envolviéndolo, enturbiándolo. Imposible saber la posición de cada caballo. Sentíase el zumbar del público como el bordoneo de un enjambre gigante, bordoneo que por fin se trocó en un clamor estentóreo. El favorito, el que más partidarios tenía entre la gente, avanzaba, avanzaba al menos la cabeza sobre el que venía siguiéndole, y esa cabeza le dió el triunfo. Los caballos llegaban todos con diferencias así. Sólo uno venía separado de los demás, desinteresado al parecer de la lucha, como si hubiese acudido sencillamente a dar un paseo. Era *Chacotón*. Farfán de los Godos lo insultó, le llamó burra... Pero, contento todavía, casi agradeciéndole que no hubiese ganado, miró a Daniel.

—No me gustaría mucho estar estos días de suerte para el juego.

Tuvo que apartarse, dejando paso al caballo vencedor, un tal *Darling*, a quien rodeó inmediamente un enjambre de fotógrafos. El caballo se detuvo, muy digno y muy serio, y como un entusiasta pretendiese salir en la misma fotografía, lo apartó gravemente de una patada. Hechos los retratos, he aquí que se acercan a *Darling* una gran cantidad de señores y damas elegantísimas. Los señores lo elogian y felicitan. Las damas lo acarician con sus manos fragantes y le ofrecen pastas de te y bombones en la punta rosada de sus dedos. De pronto Farfán abre violentamente una brecha en el grupo de entusiastas. ¿Aquella criatura que con tal cariño halaga el cuello del caballo, no es Estela? ¿No son de Estela aquellos dedos que ahora le dan los bombones? ¿No es Estela quien le sonríe con aquella sonrisa luminosa? Por si alguna duda le quedaba, oye su voz cadente y dulcísima.

—Me hizo ganar más de seiscientos pesos:..

Pero la sonrisa huye bruscamente de sus labios y la voz se le apaga.

—¡Usted, usted aquí!

Farfán, en efecto, está a su lado. Así y todo, no hay motivo alguno de alarma. Aunque lleva un sombrero muy nostálgico de plumas como siempre y los bigotes más ondeados de su vida, no le habla cual otras veces. La saluda con palabras sensatísimas, y si algo de intención pone en ellas, lo hace de un modo perfectamente admisible.

—¡Oh, quien fuera caballo de carreras!

Agradecida a aquel cambio de conducta, Estela se aviene a sonreir, a seguir conversando.

—No crea que se trata de una cosa fácil.

—¿El qué? ¿El correr tanto como estos animales corren? Prométame usted que me acaricia también la garganta, y puede comprar sin miedo todos mis boletos. No hay caballo, no hay liebre que me deje atrás.

Estela rompió a reir divertida, mientras el caballo, estremecido de frío, parecía pedir licencia para retirarse. Los admiradores se apartaron respetuosos, comentando:

—Lo hemos entretenido mucho. Tiene que tomar su ducha.

La tomó a poca distancia, en pleno campo, atendido por cuatro servidores, uno de los cuales hasta era negro. Este lo peinaba, aquel le daba una fricción de fuerte y rico perfume y el negro se ponía a bruñirle los cascos hasta sacarle brillo. Entretanto, un señor muy grave, vestido de chaquet, se mantenía a respetuosa distancia, con un inmenso abrigo al brazo, sin duda para echárselo sobre los hombros cuando la *toilette* terminase. Farfán opinó que el individuo del chaquet debía de ser el secretario, y Estela volvió a reir.

¡Lo que es el optimismo! Alentado por su éxito,

Ayuntamiento de Madrid

por la buena acogida y por las sonrisas adorables, aquel hombre, que siempre tembló a la idea de acercársele y que, junto a ella, sólo supo molestarla, acertó entonces a estar galante, comedido, irreprochable. Ahora lamentaba sus ligeros juicios respecto al caballo de carreras. Lamentaba, sobre todo, haberlo considerado como un animal. ¿Era un animal realmente el caballo que ganaba tantos miles de pesos en una tarde y tomaba el té con las muchachas de la buena sociedad? ¿Lo era quien poseía semejante abrigo y contaba con tantos admiradores y tantos servidores?

Volvió el rostro hacia Estela, en espera de la nueva sonrisa que nuevamente le iluminase el alma, y se quedó lívido. Estela tenía en los labios su más alegre y esplendorosa sonrisa de la tarde. Pero aquella sonrisa no era para él, sino para Aguiar, que se acercaba al grupo. Luego, la muchacha hasta corrió en su busca, y Farfán advirtió con qué contento le escuchaba, con qué alarmante agrado le recogía el saludo. Desechó, sin embargo, la idea absurda que se le estaba ocurriendo, mas no sin que Daniel dejase de advertir el cambio de su fisonomía y aconsejase a la muchacha:

—Disimula un poco. Va a notarlo...

—¿Y qué importa?

Por dicha, pronto iba a empezar la segunda carrera, y todos juntos fueron a ver qué boletos tomaban. Un tanto rezagados, para saltar un bache Estela se apoyó con descanso en el brazo de Daniel. Traviesa y perversa, no se contentó con eso sólo. Le sonrió desde tan cerca, como si le besase, como si desease pregonar, decir a todos lo que había entre ella y aquel hombre. Daniel volvió a afearle su conducta:

—¡Qué mala eres! ¿Por qué quieres que lo note? ¿No ves que lo matarías?

—No quiero que lo note ni que no. Quiero que lo notéis vos únicamente.

Fué callada unos segundos, molesta. Al fin protestó:

—¡Pero qué cosas! ¡Todavía te interesas por ese hombre!

—Le tengo mucha lástima.

—Tanta, que si yo le quisiese acaso no te disgustaría.

Por vengarse, por darle celos, por satisfacer cierta extraña curiosidad que sentía, se apartó a poco con Farfán, le miró también desde muy cerca y le sonrió como antes a su amigo. Farfán fué feliz, intensamente feliz con aquellas amabilidades tan deseadas y que no creyó posibles nunca. Y queriendo repartir la felicidad que le inundaba, hombre ya de dinero, compró boletos para todos. Hecho esto, radiante de alegría, saludó con atenta deferencia al caballo de antes, a *Darling*, que ya puesto el abrigo se acercaba, sin duda, a ver el trabajo de sus compañeros. Unos entusiastas le invitaron a *champagne*. El caballo, desganado, con cuanto *champagne* apeteciese en el pesebre, rehusó finamente. Entonces quisieron rociarlo con el costoso líquido, y se defendió a patadas. Farfán que miraba al caballo sonriendo, tornó la cabeza al grupo de sus amigos y volvió a palidecer. De nuevo Estela hablaba con Aguiar, en voz bajísima, muy en secreto... Y no pudo consolarse, como minutos hacía, merced alguna generosa reflexión. ¡La tocaba el brazo, además, con la punta de sus dedos, y casi se reclinaba irreflexiblemente en su hombro!...

Sonaba la campana anunciando el comienzo de la carrera, y la gente corrió para no perder detalle del espectáculo. Farfán fué como un autómata. No le importó que por el camino le dedicase Estela una de sus sonrisas mejores. No le importó siquiera que se apoyase en la valla delante de él inclinándose mucho hacia la pista, y de este modo haciendo resaltar los contornos magníficos de su cuerpo. Farfán de los Godos llevaba en el alma una idea roedora, atarazadora, y no había nada que se la quitase. Sólo pareció tranquilizarse así que hubo decidido:

—¡Yo tengo que averiguar esto!

La criolla iba cada vez con más frecuencia al cuarto de Daniel. Sin cuidarse de avisarle, llegaba a la casa temprano, subía la escalera precipitadamente, entraba, cerraba el cuarto por dentro y caía sobre él, casi despertándolo a besos.

—He tenido un rato y vengo a pasarlo con vos.

—¿No te ha visto nadie?

—Nadie.

Llegaba siempre vestida con aquel su lujo asombroso, y la idea del peligro pasado, que la animaba toda, parecía embellecerla aun más. Viéndola anhelante, viendo agitado aquel cuerpo de estátua a que el ropaje no conseguía velar el esplendor. Daniel se olvidaba de todo: de sus remordimientos, de sus temores y de sus compromisos. La atraía hacia sí, la besaba y le decía sintiéndola desfallecer entre el nudo de sus brazos:

—¡Qué linda, qué linda eres! ¡Y cómo haces realmente de mi vida la cosa más bonita del mundo!

Continuará.

Ayuntamiento de Madrid